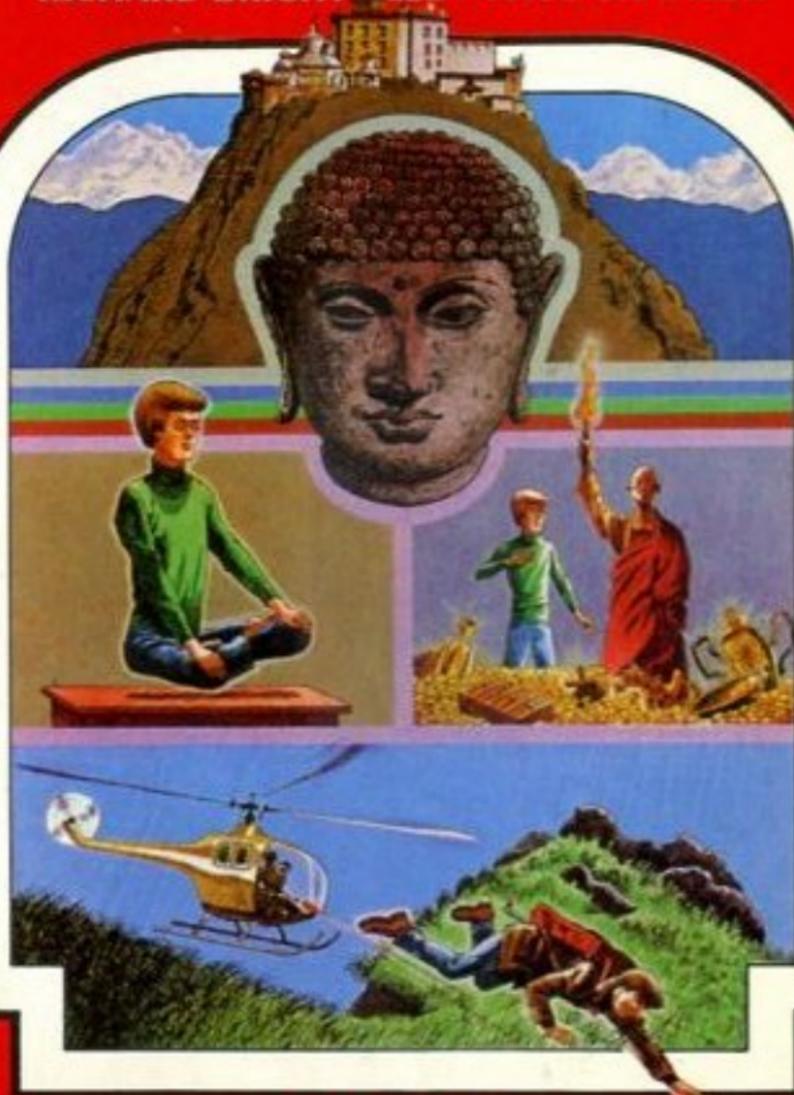


**ELIGE
TU PROPIA
AVENTURA**

Tú eres el protagonista
de esta historia, elige entre
22 soluciones diferentes

EL TESORO SECRETO DEL TÍBET

RICHARD BRIGHTFIELD - PAUL GRANGER

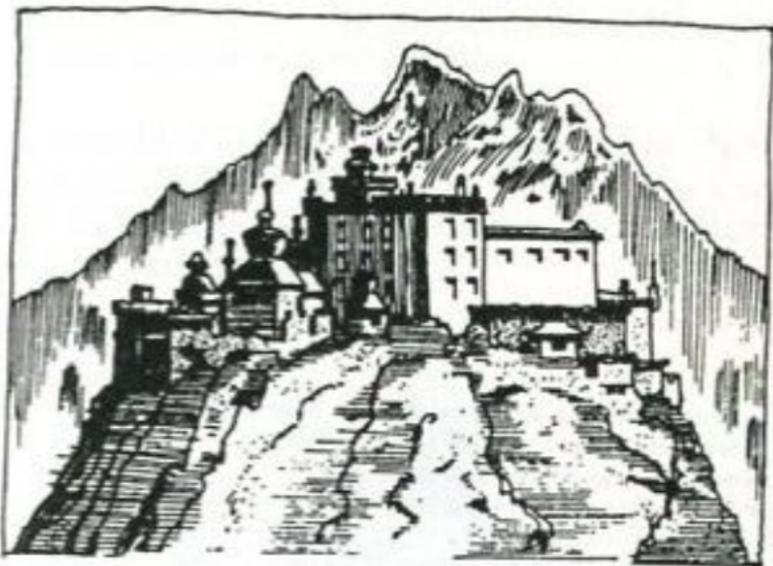


TIMUN MAS

ELIGE TU PROPIA AVENTURA®-36

EL TESORO SECRETO DEL TIBET

RICHARD BRIGHTFIELD



Ilustraciones: **PAUL GRANGER**

TIMUN MAS

ADVERTENCIA

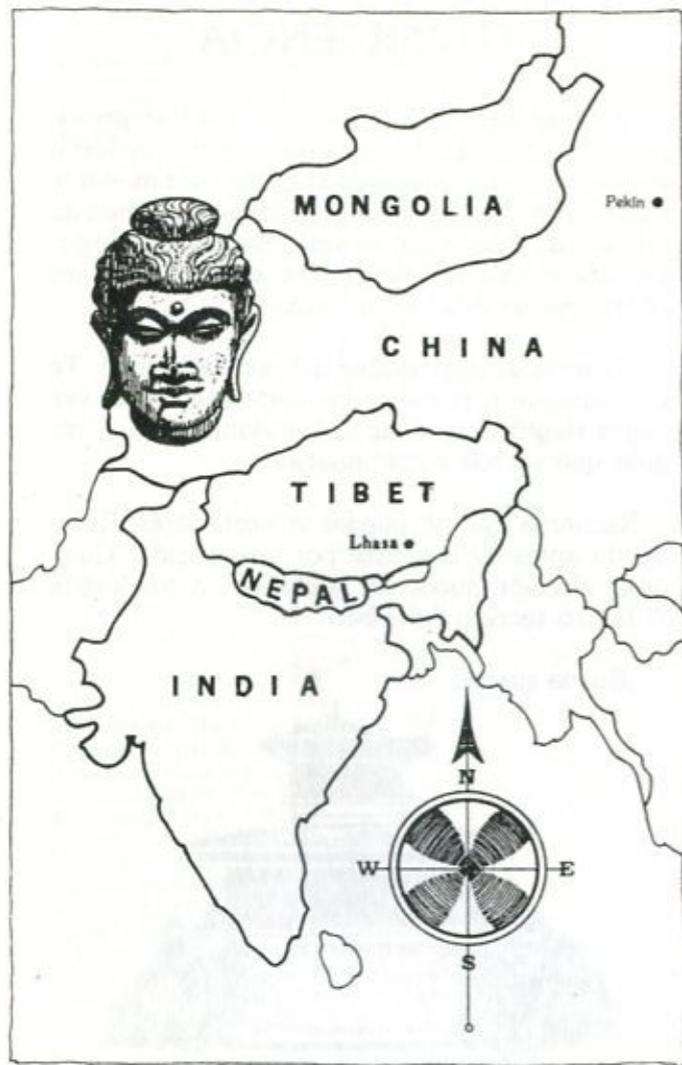
¡No leas todo el libro seguido desde el principio hasta el fin! En sus páginas hallarás muchas y muy variadas aventuras que podrás vivir mientras buscas el misterioso valle de Siling-La. A medida que lo vayas leyendo, te verás obligado a elegir. De tus elecciones dependerá que la aventura constituya un éxito o un fracaso.

Tú serás el responsable del resultado final. Te corresponde a ti tomar las decisiones. Una vez hayas elegido, sigue las instrucciones para averiguar qué sucede a continuación.

Recuerda que no puedes volverte atrás. Recapacita antes de decidirte por una opción. Cualquier elección puede ser la última... o conducirte al tesoro secreto del Tíbet.

¡Buena suerte!





Acabas de concluir un curso por correspondencia para ser investigador privado. Estás en tu casa, pensando cuál será tu primer caso, cuando alguien llama a la puerta.

Al abrir, encuentras a un anciano.

—¿En qué puedo servirle? —preguntas.

—¿Puedo... puedo pasar? —solicita—. Quisiera hacer unas preguntas.

Ofreces una silla al anciano, que toma asiento cansinamente y suspira.

—Me llamo Bertram Buckingham —se presenta—. Me dieron tus datos en la escuela en la que hiciste el curso de investigador privado. Tengo un trabajo para ti, trabajo que te hará vivir una aventura que supera tus sueños más extravagantes. Además, será una aventura con todos los gastos pagados.

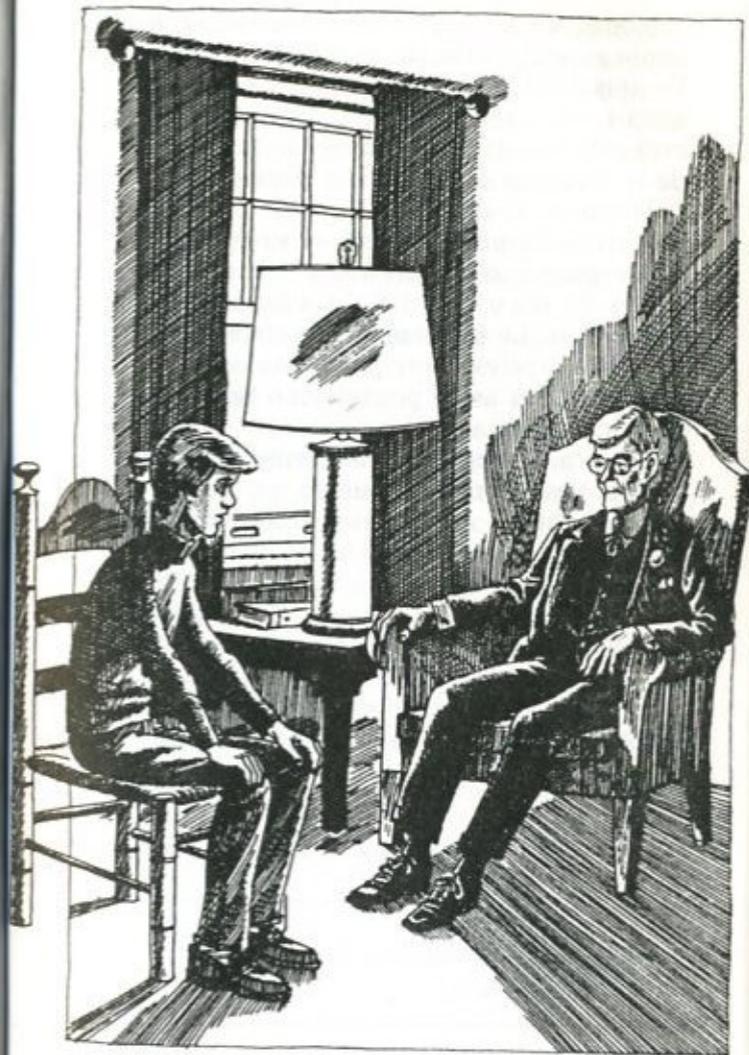
—Todavía no he adquirido mucha experiencia, pero...

—No te preocupes —te interrumpe el señor Buckingham—. Necesito una persona joven y con la mente despejada.

—¡Qué interesante! ¿De qué se trata? —preguntas acercando una silla a la del señor Buckingham.

Pasa a la página 2.

—Todo se remonta a muchos años atrás. Para ser exactos, a 1942, durante la segunda guerra mundial —responde—. Entonces formaba parte del ejército británico y estaba destinado en el norte de la India. Me confiaron a dos alemanes. Aunque no eran nazis, queríamos retenerlos hasta que acabara la guerra. Una noche escaparon y se dirigieron hacia el norte, hacia el Himalaya. Como estaban a mi cargo, los seguí a través de Nepal y hacia el Tíbet. Perdí la pista en medio de una cegadora tormenta de nieve, pero tropecé con un valle llamado Siling-La. Era casi un oasis tropical en medio de las montañas cubiertas de nieve. Por todas partes se veían plantas y flores. Y en el centro había un monasterio que era una auténtica maravilla. Allí vi algo sorprendente que desde entonces me ha obsesionado.



Pasa a la página 10.

Sigues en el taxi. Poco después se detiene frente al edificio donde se aloja Sylvia Morrison. Te apeas. Lo primero que haces es mirar hacia atrás para comprobar si el coche que te seguía está allí. No ves nada. Tal vez todo fue producto de tu imaginación y nadie te seguía.

Entras en el edificio y llamas al timbre del piso de Sylvia. La puerta se entreabre apenas lo suficiente para que puedas ver a la mujer que está detrás. Es alta y atractiva, de pelo moreno corto y ojos azules. Le calculas unos treinta años.

-¿Qué quieres? -pregunta nerviosa.

-Hablé con usted por teléfono hace un cuarto de hora -explicas.

-Ahora no puedo hablar contigo -insiste.

-Pero es importante que yo...

-Está bien, date prisa -dice abriendo la puerta.

Pasa a la página 72.

Antes que nada buscas el número de Sylvia Morrison en la guía y la llamas. Te presentas y le preguntas si sabe algo acerca de la levitación.

-Es un tema importante -afirma-. En mis archivos hay cientos de artículos sobre el tema.

-¿Me permitiría consultar sus archivos? -inquieres.

-Me encantaría mostrártelos, pero en este momento estoy haciendo las maletas, porque salgo de viaje. No creo que...

-En ese caso, salgo para allá -dices y cuelgas.

Te pones la chaqueta y sales de tu casa a saltos. En la esquina llamas un taxi y le das al conductor las señas de Sylvia Morrison.

A mitad de camino notas que otro coche sigue al taxi. Decides esperar y cerciorarte. ¿Por qué puede estar alguien interesado en seguirte?

-Señor, en la próxima esquina gire rápidamente a la derecha.

El taxista te hace caso. Pocos segundos después, el otro coche gira en la esquina, detrás de ti. ¿Deberías seguir hasta la casa de Sylvia Morrison o pedirle al taxista que vuelva a girar y frene lo suficiente para que puedas apearte de un salto?

*Si decides seguir en el taxi,
pasa a la página 4.*

*Si prefieres apearte de un salto,
pasa a la página 20.*



Te introduces rápidamente en la espalda hueca del ídolo. Resulta sorprendentemente espaciosa, siempre y cuando te sientes con las piernas cruzadas, como el buda. Tanteas con las manos el interior del ídolo y tocas una especie de palanca. Oyes un sonido sibilante. Un panel cierra la abertura, dejándote sin salida.

Te preguntas cómo saldrás de allí. De repente notas una sacudida. A continuación la estatua se agita violentamente.

—¡Tened mucho cuidado! —grita Joe—. Es un objeto de mucho valor y no quiero que ocurra un accidente.

La estatua se mueve, contigo en su interior.

A medida que tus ojos se acostumbran a la oscuridad, divisas delante de ti y por encima de tu cabeza dos puntos de luz como agujeros de alfiler. Te incorporas para acercar el ojo a uno de los agujeros. Súbitamente te das cuenta de que tu cabeza está dentro de la de la estatua. Los puntos de luz deben de ser agujeros de alfileres a la altura de sus ojos. Recuerdas que, a veces, el agujero hecho con un alfiler puede semejar el objetivo de una cámara fotográfica y, ciertamente, ves toda la escena que se desarrolla delante de ti. Estás en el exterior del edificio y te diriges hacia la parte trasera de un camión pesado. Percibes otra sacudida cuando deslizan el ídolo en el interior del camión, y vuelve a reinar la oscuridad cuando se cierran las puertas.

El vehículo parte y sigue moviéndose durante cerca de una hora. De repente para. Oyes que vuelven a abrir las puertas del camión.

Pasa a la página 22.

Permaneces inmóvil en el antepecho, apoyado contra la pared de la mansión. En la ventana aparece el rostro de un chiquillo de unos doce años.

—Me llamo Jimmy, Jimmy Crossley —susurra—. Entra en mi habitación, puedo ayudarte.

Saltas sobre el alféizar y de allí a la habitación de Jimmy.

—¿Puedes ayudarme a salir de aquí? —preguntas en voz baja.

—Creo que sí —responde Jimmy—. He ayudado a otras personas. De todos modos, ibas por un camino equivocado y no habrías podido escapar. Mi padre tiene guardias con metralletas, perros doberman que atacan y... Tendremos que esperar a que sea de día. Simularé que eres amigo mío y te acompañaré hasta el portal.

Jimmy te presta una manta y pasas el resto de la noche dormitando bajo su cama, por si alguien entra en la habitación.

A primera hora de la mañana siguiente Jimmy se levanta y susurra:

—Volveré después del desayuno.

En cuanto Jimmy regresa, abandonáis su dormitorio y os dirigís a la ancha escalinata que conduce a la puerta de la mansión. Estáis en mitad de la escalera cuando véis que el señor Crossley se acerca.

Ensimismado, Crossley pasa junto a vosotros sin enterarse. Ni siquiera le da los buenos días a Jimmy. Pero cuando llegáis al final de la escalera, dice:

—Oye, tú, espera un momento. Me gustaría hablar contigo.

Pasa a la página 18.

Te internas por el pasillo y tuerces a la derecha, hacia la puerta del fondo. Sólo has dado unos pocos pasos cuando oyes voces a tu espalda, al otro lado del recodo. Rápidamente intentas abrir un par de puertas que están a ese lado del pasillo, pero tienen echado el cerrojo. ¿Qué puedes hacer? Se te ocurre abrir otra puerta antes de correr hacia la del fondo. ¡Qué alivio! ¡La puerta se abre!

Teuelas en la habitación y, justo a tiempo, cierras silenciosamente la puerta. Oyes a varios hombres registrando la habitación en la que estabas encerrado y atado.

—Por lo que oí, dijiste que ese joven entrometido estaba aquí —dice uno de los hombres.

—Así es, Joe —responde otra voz—. Creo que estaba en esta habitación.

—¡No basta que lo creas! —exclama Joe—. Está bien, más adelante sabremos qué hiciste. De momento, tenemos que trasladar esa estatua a casa de Crossley.

A continuación oyes que los hombres se dirigen a la estancia en la que estás escondido.

Pasa a la página 15.

—¿Qué vio? —preguntas al señor Buckingham.

—Los monjes levitaban... Ya sabes, podían levantarse del suelo y permanecer suspendidos en el aire —responde—. Lo vi con mis propios ojos. Incluso intentaron enseñarme a levitar, pero, como aún no había encontrado a los prófugos, tuve que reanudar mi búsqueda.

—¿Y esto qué tiene que ver con el presente? —quieres saber.

—He contado esta anécdota infinidad de veces, sobre todo en el club. Hubert Crossley, otro miembro del club, que es millonario, a menudo me ha tomado el pelo —Buckingham titubea y se muestra incómodo—. Hace un mes, en un momento de debilidad, aposté toda mi fortuna contra la suya. Si para esta fecha del año próximo no puedo demostrar científicamente que la levitación es posible, todo lo que poseo pasará a sus manos. Además, Crossley lo ha hecho constar por escrito.

Algo te indica que tu primer caso no será nada fácil.

—¿Cuál será mi intervención? —preguntas.

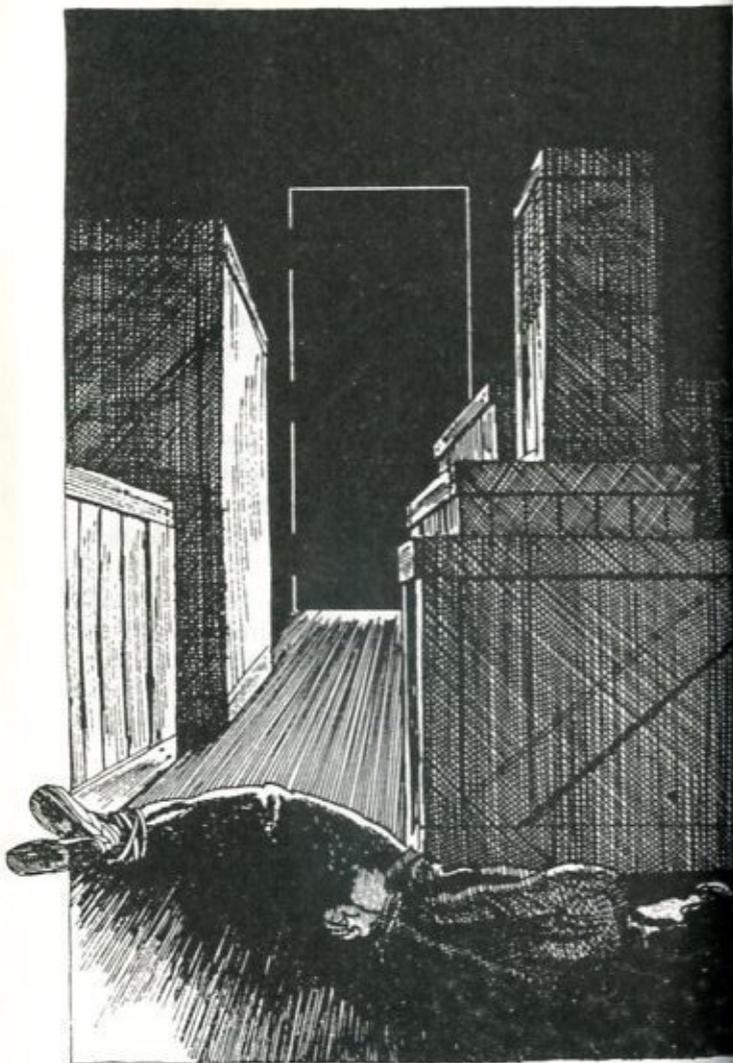
—Me encantaría ir a la India —respondes—, pero tendría que volver a casa de inmediato para preparar las maletas.

—No te preocupes por eso —aclara el señor Crossley—. Estoy seguro de que podremos proporcionarte todo cuanto necesites para el viaje.

De repente se oye una conmoción en el exterior de la casa. El señor Crossley se acerca rápidamente a la ventana. Mientras dedica su atención a lo que ocurre en la calzada, estudias el mapa. En la zona norte del Tíbet hay un amplio círculo dibujado a lápiz. Al lado dice: *Siling-La se encuentra en esta zona..*

Antes de que Crossley tenga tiempo de regresar, te colocas a su lado. Las grandes cajas que están en la calzada son trasladadas fuera de la mansión y cargadas en varios camiones de tipo militar.

—Ah... provisiones adicionales para el viaje —comenta el señor Crossley, mientras te aleja de la ventana y aprieta un botón adosado a su escritorio.



Cuando recobras el sentido, estás atado en una habitación, a oscuras. Aún te duele la cabeza a causa del golpe que te dejó fuera de combate. Permaneces unos instantes echado, ordenando tus pensamientos. ¿Qué decía el curso por correspondencia sobre el modo de liberar una mano cuando te atan? Ahora lo recuerdas: aplica una presión lenta y constante con una sola mano. Por fortuna, hay espacio suficiente en las cuerdas para deslizar gradualmente una mano.

Finalmente tu mano derecha queda libre. Te quitas las cuerdas de la otra y te desatas los pies. Te incorporas tembloroso y acaricias el abultado chichón que adorna tu cabeza.

Tus ojos se han adaptado a la oscuridad. Al otro lado distingues la línea débil e iluminada del borde de una puerta de grandes dimensiones. Caminas hacia ella. Tropiezas varias veces con grandes cajas de embalaje. Tanteas el pomo y te alegras al comprobar que la puerta no está cerrada con llave.

Entreabres cautelosamente la puerta y encuentras un pasillo ancho y muy iluminado. Como no hay nadie a la vista, sales. Cerca de allí, a la izquierda, el pasillo traza un recodo. En el otro extremo, a la derecha, ves una puerta cerrada. Parece una salida. A ambos lados del pasillo hay varias puertas cerradas.

*Si decides ir a la derecha,
pasa a la página 9.*

*Si prefieres torcer a la izquierda
y ver qué hay al otro lado del recodo,
pasa a la página 101.*

Abres la guía telefónica y buscas el número de Sylvia Morrison. Marcas y te responde una voz ahogada y mucho más grave de lo que esperabas.

-Hola. ¿Hablo con Sylvia Morrison? -preguntas-. Estoy investigando el fenómeno de la levitación.

-¿La levitación? -pregunta-. No hay mucho que investigar, pues en realidad se trata de algo muy sencillo. Si vienes a mi casa, te lo demostraré encantada.

Te vistes y vas a casa de Sylvia. No se parece mucho a la foto que de ella vistes en el periódico, pero sabes que muchas personas utilizan fotos viejas para mantener públicamente una imagen juvenil.

Sylvia te ofrece una taza de café y se sienta delante de ti con las piernas cruzadas.

-La levitación sólo requiere concentración -repliega cerrando los ojos.

Tomas un trago de café sin apartar la vista de la antropóloga. Casi en el acto te empieza a dar vueltas la cabeza. Mientras caes al suelo, te das cuenta de que tiene que haber puesto algo en el café.

Pasa a la página 87.

Miras a tu alrededor. En la penumbra lo único que divisas es una escultura oriental de un metro y medio de altura y casi el mismo ancho en la base. La escultura situada al otro lado de la estancia debe ser un ídolo, una representación de Buda. Corres y te ocultas tras ella en el mismo instante en que la puerta se abre y un brillante haz de luz ilumina la estancia.

-Está allí, junto a la pared -reconoces la voz de Joe-. Parece pesada. Traeremos una carretilla elevadora para transportarla.

Al agacharte detrás del ídolo, ves que en la parte trasera hay una amplia abertura. Supones que puedes meterte en el interior de la escultura. Tal vez valga la pena intentarlo.

También notas que la gran puerta de la sala se abre de par en par. Si logras situarte detrás de la puerta antes de que los hombres regresen, tienes grandes posibilidades de que no descubran tu escondite.

*Si decides meterte en el interior del ídolo,
pasa a la página 7*

*Si intentas colocarte detrás de la puerta,
pasa a la página 78.*



El abad os guía a través del templo principal de Siling-La. Luego descendéis por una estrecha escalera de piedra. La escalera parece interminable y serpentea hasta lo más profundo de la tierra.

Finalmente llegáis a una inmensa caverna. El abad enciende una antorcha y la sostiene en alto. De pronto relumbran millares de brillantes objetos de oro: estatuas, cuencos, tronos, pulseras adornadas con gemas...

–Lo que estáis viendo es sólo un pequeño fragmento del tesoro de Gengis Kan –explica el abad en voz baja–. La caverna tiene varios kilómetros de longitud.

Von Kamp, Kurt, Jimmy y tú os quedáis varias semanas en el monasterio. Aunque lo pasáis muy bien, tomáis finalmente la decisión de regresar.

–Lamentablemente eso es imposible –te comunica el abad–. Aunque disponemos de protección, lo mejor es que el mundo se olvide de la existencia de Siling-la.

–No intentaremos llevarnos el tesoro –afirma Jimmy.

–Buckingham ni siquiera vio el tesoro, pero puso en grave riesgo a muchas personas simplemente hablando del monasterio –replica el abad–. No podemos permitir que nadie salga de aquí.

Afortunadamente Siling-La te encanta. Es una suerte, porque pasarás mucho, muchísimo tiempo allí.

Fin

—Haz el favor de venir —dice el señor Crossley, y añade—: Jimmy, puedes esperarlo abajo.

Jimmy se encoge de hombros, como diciendo «no sé qué quiere mi padre», mientras tú comienzas a subir la escalera. Cuando llegas arriba, el señor Crossley te hace señas para que lo sigas y te conduce a un pequeño despacho.

—Siéntate un momento —dice, se acerca a la pared y abre un enorme mapa—. ¿Sabes algo sobre esta zona del mundo? —pregunta pasando la mano por India y el Himalaya—. Llevaré a Jimmy a esa región para que haga una gira de estudios durante un mes. Acabo de pensar que, para que no se sienta solo, sería muy bueno que uno de sus amigos le acompañara. Partimos mañana, pero si te interesa...

—¡Esto sí que es una sorpresa! —exclamas.

—Ya lo sé —reconoce el señor Crossley—. De todas maneras, estoy seguro de que, si te interesa venir, podemos arreglar los detalles.

*Si decides acompañar a Jimmy,
pasa a la página 11.*

*Si prefieres quedarte,
pasa a la página 73.*

Sigues al hombre que se reunió con Snide. Desciende rápidamente calle abajo y se aleja de ti. Saltas tras él, intentando mantenerte protegido por las sombras.

El hombre parece esfumarse. Te acercas con cautela al sitio en que desapareció. De pronto oyes pasos a tus espaldas. Te vuelves, pero no eres lo bastante rápido. Algo muy pesado te golpea la nuca.

Pasa a la página 13.

Pagas al taxista y le pides que en la esquina siguiente se acerque al bordillo, espere unos segundos y a continuación se aleje a toda velocidad.

Poco después de saltar del taxi, te abrazas a la pared en sombras de un gran edificio. El taxi se aleja velozmente, y el otro coche lo sigue como un rayo. Se trata de una limusina de color azul.

Caminas hacia el edificio donde vive Sylvia Morrison. Te detienes a media manzana de distancia. ¡Más adelante, frente al edificio donde vive Sylvia, está aparcado el cochazo que te siguió!

Te internas cautelosamente entre las sombras. Te agachas tras una camioneta aparcada y ves a dos hombres que flanquean a una mujer. Salen del edificio donde vive Sylvia y caminan hacia la limusina. Cuando pasan junto a un farol, miras a la mujer. Reconoces de inmediato a la persona de la foto que viste en el periódico: ¡es Sylvia Morrison y tiene problemas! Lleva las manos atadas a la espalda, y los hombres parecen empujarla.

Desesperado, buscas una solución. Si sales corriendo e intentas salvar a Sylvia, también podrías convertirte en cautivo. En el peor de los casos, puedes averiguar la matrícula de la limusina.

Los dos hombres meten a Sylvia en el coche y cierran violentamente la portezuela. La limusina parte. Corres deprisa hacia el vehículo y empiezas a copiar la matrícula. Ves tres letras y cuatro números: ULO-74. Pero eso es todo lo que averiguas, porque algo te golpea la cabeza y pierdes el conocimiento.

Pasa a la página 13.

Un segundo después de que Crossley accione el botón, entra un hombre alto que luce un turbante verde perfectamente arrollado.

—Te presento a Narak Singh, uno de mis criados —dice Crossley—. Se ocupará de tus necesidades y te llevará en coche al aeropuerto, en cuyo hotel pasarás la noche. Jimmy se encontrará contigo en la terminal. Partimos mañana por la mañana a primera hora.

Singh te acompaña a tu casa, donde preparas una maleta y recoges el pasaporte. No te pierde de vista ni un instante. Te acompañan también dos secuaces de Crossley vestidos de paisano.

Pernoctas en el hotel del aeropuerto. A la mañana siguiente recoges tus cosas y, flanqueado por los hombres de Crossley, te diriges a la puerta de embarque del vuelo de Air India. Aunque en el aeropuerto hay mucha gente, no está lo bastante atestado para ayudarte a tomar la decisión de escapar. Divisas a Jimmy en la terminal.

Estás cerca de la terminal cuando un grupo de turistas se cruza en tu camino. Reconoces a uno de los miembros del grupo. Se trata del inspector McElroy, buen amigo de tu familia. Es la persona que te alentó a convertirte en investigador privado. Ésta podría ser tu oportunidad de escapar de los hombres de Crossley... si es que quieres hacerlo.

Si decides aprovechar la oportunidad para escapar, pasa a la página 106.

Si prefieres seguirle el juego a Crossley, pasa a la página 34.

A través de los agujeros de la estatua ves que te encuentras en el interior de una especie de mansión. Detrás del camión divisas a un grupo de hombres ataviados con uniformes militares, pero sin insignias. ¿Qué significa todo eso?

El ídolo, contigo en su interior, es introducido en la mansión. Te suben hasta llegar a una sala de conferencias. Ves que uno de los soldados saluda y abandona la estancia. Sólo quedan dos hombres de paisano.

-De modo que ésta es la estatua de la que tanto he oído hablar, ¿no es así, Crossley?

-Exactamente, coronel Himmer.

-¿Siguen en su interior los objetos de oro? -inquire Himmer.

-Está en el almacén -replica Crossley.

-¿Está seguro de que valen millones?

-Como mínimo -afirma Crossley-. Pero es poco en comparación con lo que conseguiremos cuando sepamos el emplazamiento de Siling-La.

La puerta se abre y entra una figura uniformada.

-Los hombres del campo de aviación están listos para la revista -informa haciendo un saludo.

Los tres hombres abandonan la estancia. Sientes la tentación de salir inmediatamente de la estatua, pero tal vez sea más seguro esperar a que oscurezca, sobre todo teniendo en cuenta que la mansión y los jardines están llenos de soldados.

*Si decides salir de inmediato de la estatua,
pasa a la página 91.*

*Si prefieres esperar hasta que anochezca,
pasa a la página 29.*

-¿De verdad? ¿Qué cree que soy?

-Todavía no puedo responder a esa pregunta, pero antes de que acabe este viaje lo averiguaré.

En cuanto el avión aterriza en Delhi, te ves rodeado nuevamente por los secuaces de Crossley. Pasáis el control de aduana y, antes de darte cuenta, viajas en un cochazo que se desliza por las atestadas calles de Delhi. La limusina se detiene frente a un enorme edificio.

Singh te hace entrar.

-Pasaremos unos días aquí -explica-. Luego nos trasladaremos al norte, a las montañas. No será necesario que salgas de la casa.

A continuación Singh te mete a empujones en una habitación. Te acuestas y te quedas dormido casi en el acto.

Cuando despiertas es de noche. Te das cuenta inmediatamente de que en la habitación hay otra persona. Tardas unos segundos en reconocer a Singh.

-Tenemos que hablar en voz muy baja -susurra-. Cuidado, porque todavía no estoy seguro de poder confiar en ti.

-¡Espero que confíe en mí! -exclamas.

-Bueno -dice Singh-. En realidad, soy un agente de la policía internacional. Crossley es un malvado y hay que impedir que siga actuando. Ahora tengo que saber por qué estás aquí.

*Si decides decirle la verdad,
pasa a la página 36.*

*Si prefieres ceñirte a tu historia,
pasa a la página 112.*

—Debéis partir mañana antes de que amanezca —dice Kando—. Tendréis que cubrir una buena distancia por si alguien os persigue. Preparaos cuando llame a la puerta tres veces.

Kando se retira y vosotros tres os preparáis para cenar.

—Ojalá supiera qué significa todo esto —dice Jimmy.

—Estoy intentando aclararme —comentas—. Me parece que tu padre y sus hombres forman parte del problema, una parte importante.

—El señor Crossley no es mi verdadero padre —puntualiza Jimmy—. El año pasado, poco antes de morir, mi madre se casó con él. Mi padre murió cuando yo era un bebé.

Pasáis el resto de la tarde hablando y, en cuanto cae la noche, os vais a dormir. Antes de que te des cuenta, oyes tres suaves llamadas a la puerta.



Pasa a la página 63.

—¡Sylvia Morrison! —exclamas.

A punta de pistola, Himmer obliga a Sylvia a acercarse al camión. Evidentemente, es su prisionera. Himmer te ordena que te apees del camión, pero su expresión se demuda al ver a Jimmy.

—Jimmy Crossley, ¿qué demonios haces aquí?

—Vaya, Himmer, veo que me ha reconocido. Ya verá cuando mi padre se entere —dice Jimmy. Himmer suelta una carcajada.

—¿Crees que a tu padre le preocupa lo que pueda ocurrirle a su entrometido hijastro? ¿Dónde está Von Kamp? No lo veo por aquí.

Los hombres que os capturaron se muestran desconcertados.

—¡Os ordené que secuestrárais a Von Kamp! —chilla Himmer—. ¿Y qué me habéis traído? Al hijo de Crossley y a... ¿quién es éste?

—Es mi amigo —responde Jimmy.

Himmer se aleja disgustado. Se aproxima a sus hombre y comienza a gritar. Te da la espalda y notas que los demás hombres sólo le miran a él.

Súbitamente tienes una idea. Las llaves del camión podrían estar puestas. Si lograras trepar a la cabina y ponerlo en marcha...

Por otro lado, si Himmler o uno de sus secuaces te descubriera, ésa podría ser tu última jugada.

*Si decides tratar de poner en marcha el camión,
pasa a la página 52.*

*Si concluyes que tratar de hacerte
con el camión es demasiado peligroso,
pasa a la página 33.*

—¡Jimmy! —gritas en medio de los ruidos callejeros.

Jimmy corre hacia ti y dice:

—¡De prisa! Me persiguen dos hombres del séquito de mi padre, a los que acabo de dar el esquinazo.

Te internas en medio de la multitud, arrastrando a Jimmy. Varias manzanas más adelante encuentras un taxi y le das al conductor las señas de Von Kamp.

Otto Von Kamp vive en la planta baja de un edificio recién construido. Camináis hasta el extremo del edificio. Llamas a su puerta. Nadie responde y vuelves a llamar. Tampoco obtienes respuesta. Estás a punto de irte cuando la puerta se entreabre y descubres a un hombre bajo, calvo y rechoncho. Lleva un arma en la mano y... te apunta directamente al corazón.

Pasa a la página 31.



Permaneces escondido en el interior de la estatua. Afortunadamente logras dormirte. Cuando despiertas, miras hacia afuera. Durante unos segundos crees que es de día, pero luego te das cuenta de que la plateada luz de la luna se filtra por las ventanas de la sala de conferencias.

Buscas la palanca que cerró el panel. Cuando la encuentras y la accionas, se oye un chasquido y un débil chirrido y el panel se abre. Tienes dificultades para salir de la estatua. Tus piernas están dormidas y entumecidas. Te sientas en el suelo y te frotas las pantorrillas para que la sangre vuelva a circular adecuadamente.

En cuanto estás en condiciones de ponerte en pie, caminas hacia la ventana y te asomas. Estás en el primer piso de la mansión. Junto a la ventana hay un antepecho bastante ancho. Sales con sumo cuidado. Al llegar al ángulo del edificio encuentras un tubo de desagüe que baja hasta el suelo. Como todas las ventanas que te separan del desagüe están a oscuras, caminas por el antepecho hacia allí. De pronto, al pasar delante de una ventana, oyes un suave «psst».

Pasa a la página 8.



-¿Qué quieres? -pregunta.

Respondes que estás buscando información sobre Siling-La y que estás dispuesto a pagar bien por ella.

-Pareces sincero. Pasa. Lamento haberte asustado con el arma -dice Von Kamp guardándola avergonzado-. Hoy estoy muy nervioso. Hay demasiadas personas interesadas en Siling-La.

-¿Quién más le ha preguntado por Siling-La? -quieres saber.

-Hace un par de horas vino un hombre que dice llamarse Himmer -responde Von Kamp-. Quería conocer su emplazamiento exacto.

-¿Y se lo dijo? -interviene Jimmy.

-No se lo he dicho a nadie -puntualiza Von Kamp y comienza a caminar de un lado a otro, delante de la ventana-. He jurado no revelarlo.

-¿No relevar qué? -inquieres.

-No revelar el empl... -comienza a decir Von Kamp, pero antes de que termine la frase se oye un siseo.

Von Kamp lanza un grito cuando una daga se clava en el marco de la ventana, a pocos centímetros de su cabeza. Logras recogerlo cuando se desmaya.

*Si saltas por la ventana y persigues al agresor,
pasa a la página 38.*

*Si intentas reanimar al señor Von Kamp,
pasa a la página 107.*



—No —replica Sylvia—. Antes de que Crossley me pidiera que le ayudara a encontrarlo, jamás había oído hablar de Siling-La.

Llegáis a un cruce y encontráis un letrero que señala hacia Agra.

—¡Agra! —exclama Sylvia—. Allí se alza el Taj Mahal. En esa ciudad viven unos amigos míos. Toma ese desvío.

Poco después divisas la cúpula y las torres del Taj Mahal, que se elevan a lo lejos como un espejismo. Es increíblemente hermoso.

Pasa a la página 74.

Prefieres olvidarte del camión y esperar mientras Himmer discute con sus hombres. Finalmente os obliga a subir al helicóptero. Lo hacéis, acompañados por Himmer y un soldado. El helicóptero asciende y se dirige hacia el norte, rumbo a las montañas. Varias horas después se posa en la plaza central de una pequeña aldea.

Sylvia, Jimmy y tú descendéis mientras un grupo de aldeanos corre a repostar el helicóptero con bidones de gasolina.

Mientras los aldeanos trabajan, Himmer os acompaña hasta una casita.

—Estaré unos días fuera, pero volveré —informa—. Entretanto, nada de trucos raros, porque os costará muy caro.

Pasa a la página 81.

Aunque te gustaría pedir ayuda a McElroy, prefieres averiguar más cosas sobre Crossley. Su interés por Siling-La es más importante que la apuesta con Buckingham. Saludas con la mano al inspector McElroy y sigues caminando hasta la puerta de embarque.

El vuelo número 10 de Air India despegó contigo a bordo. Afortunadamente viajas junto a Jimmy, aunque Singh va detrás de ti y hay más secuaces de Crossley al otro lado del pasillo. Será un largo vuelo, pues no llegaréis a Delhi hasta la mañana siguiente. Hablas de deportes con Jimmy, hasta que compruebas que Singh y los demás han perdido interés por vuestra charla.

—¿Alguna vez has oído mencionar a tu padre un lugar llamado Siling-La?

—Sí, muchas veces —responde Jimmy.

—¿Alguna vez dijo algo acerca de la levitación?

—No, creo que nunca le oí decir...

Jimmy se calla en mitad de la frase. Alzáis la mirada. Singh está inclinado sobre ti.

—Sahib Jimmy se sentará en el otro asiento y yo ocuparé este lugar —ordena Singh.

Jimmy cambia de sitio contrariado. Durante un rato, Singh y tú no pronunciáis palabra. Finalmente decides romper el silencio.

—Parece que el señor Crossley cuenta con un ejército privado —comentas, pero Singh no responde—. Supongo que necesita mucha protección con todo ese dinero y... y...

—¡Basta! —te interrumpe Singh—. Creo que no eres lo que finges ser.

—Claro, para entrar en Nepal —añade Von Kamp—. Cerca de la frontera hay un pequeño campo de aterrizaje del que se ocupa un amigo mío. Tal vez no sea tan difícil llegar a Siling-La.

—Entonces, ¿sabe dónde está? —pregunta Jimmy.

Von Kamp saca del bolsillo de la camisa un papel plegado. Está amarillento por el paso del tiempo y los bordes se han deshecho, pero tú lo reconoces de inmediato.

—Es un mapa que guardo desde hace mucho tiempo. Mejor dicho, la mitad superior de un mapa. Hace años, otra persona se quedó con la mitad inferior. De todos modos, la que tengo muestra el emplazamiento de Siling-La.

—Está bien —le dices a Singh—. Le diré todo lo que sé, que no es mucho.

Le hablas de la apuesta sobre la levitación y del mapa que el señor Buckingham iba a entregarte. También le cuentas lo que por casualidad oíste en la sala de conferencias de Crossley.

—Tengo la impresión de que lo único importante es el emplazamiento de Siling-La. Verídica o no, la cuestión de la levitación no es más que una cortina de humo —afirma Singh—. Hace más de un año que Crossley busca ese lugar. Ha formado un pequeño ejército de mercenarios para apoderarse de Siling-La en cuanto averigüe exactamente dónde está. En las estribaciones del Himalaya ha escondido un gran avión de transporte que siempre está listo para trasladar a sus paracaidistas.

—En ese caso, la levitación nada tiene que ver con todo este asunto —comentas—. Es evidente que Crossley hizo la apuesta para que Buckingham soltara el mapa o lo condujera hasta Siling-La.

—Exactamente. Debo permanecer en este edificio y vigilar de cerca lo que ocurre. Pero tú podrías contactar con una fuente que tengo en Delhi.

—Desde luego, siempre que pueda salir de aquí.

—Eso es fácil —añade Singh—. Existe un pasadizo secreto que permite salir de este aposento. Vamos, tenemos poco tiempo.

Pasa a la página 50.

Snide permanece inmóvil y boquiabierto unos segundos.

—No, no puedo ayudarte —dice bruscamente—. ¿No te das cuenta de que estoy muy ocupado?

A decir verdad, su súbito cambio de actitud te sorprende.

—Espero que lo piense —añades—. Por si cambia de opinión, aquí le dejo mi número de teléfono.

—Está bien, déjalo —dice Snide—. Pero si no te vas inmediatamente, tendré que llamar a uno de los guardianes para que te acompañe hasta la salida.

—Usted conoce la existencia de Siling-La, ¿no?

Se trata de una conjetura disparatada, ya que no tienes la menor idea de los motivos por los que Siling-La es tan importante. De modo que los monjes pueden levitar. ¿Y qué? Aunque podría ser un número de circo de primera categoría, ¿por qué habría de interesarle a alguien, salvo a Buckingham y Crossley? ¿Es posible que Snide conozca la apuesta? En ese caso, ¿por qué se ha alterado tanto?

Aunque Snide no responde a tu pregunta, notas que está temblando. Además, desplaza la mano hacia un botón que hay a un costado del escritorio.

—Está bien, está bien, ya me voy —dices levantando los brazos en gesto de burlona rendición.

Al caminar hacia el pasillo, echas una mirada por encima del hombro. Aún ves a Snide a través de la puerta, con la mirada encendida... ¿de cólera o de temor?

Pasa a la página 86.

Dejáis a Von Kamp tendido en el suelo y saltáis por la ventana. Te encuentras en un estrecho callejón. Un silueta oscura corre hacia la calle. Intentas alcanzarla. Antes de conseguirlo, otras figuras se interponen en tu camino. Ves el brillo de las largas dagas. Pretendes correr en dirección contraria, pero otras figuras te cortan el paso.

-Parece que nos han atrapado -comenta Jimmy con voz temblorosa-. Y ahora ¿qué hacemos?

Sin darte tiempo a responder, una voz potente ordena a tu espalda:

-¡En marcha!

Pasa a la página 47.

Al llegar a la agencia de viajes, dices que quieres ir al Tíbet lo antes posible.

La empleada consulta la computadora y dice:

-Mañana puedes tomar el vuelo hacia Pekín y desde allí ir al Tíbet con un grupo de turistas. En Pekín tendrás que superar un examen físico. Te tomarán la tensión sanguínea y te harán otras pruebas, porque la altura del Tíbet es muy mala para el corazón y los pulmones.

Pagas el billete y regresas a tu apartamento, parando en el camino para depositar en tu caja de seguridad el cheque del señor Buckingham. Piensas que, cuando llegues a casa, lo único que harás será preparar la maletas e irte a dormir. Puedes encargar a alguien que limpie el apartamento mientras estás fuera.

Por la mañana te diriges al aeropuerto.

Pasa a la página siguiente.

Diecisiete horas después de subir a un reactor de las líneas aéreas chinas, aterrizas en el aeropuerto de Pekín. Superas sin dificultades el examen físico y tomas un avión más pequeño para el vuelo al Tíbet.

Observas a los demás pasajeros. En su mayoría son tibetanos que regresan al país o funcionarios chinos que vuelven a sus puestos en Lhasa, la capital del Tíbet.

Un tibetano de cabeza afeitada y vestido con túnica naranja –sin lugar a dudas, un monje– ocupa el asiento contiguo al tuyo. Es posible que durante el vuelo puedas preguntarle si conoce Siling-La. Por otro lado, recuerdas lo que ocurrió con Snide en el museo y piensas que quizá sea mejor no hacer preguntas hasta haber investigado algunas cosas en el Tíbet.

Si decides preguntarle al monje sobre la existencia de Siling-La, pasa a la página 64.

Si prefieres guardar silencio hasta llegar al Tíbet, pasa a la página 117.

Buscas el papel donde figura la dirección de Lobsang y ves que junto a las señas ha dibujado un mapa. Encuentras su casa sin dificultades.

–Lamento molestarlo tan pronto –dices.

–No es necesario que te disculpes –puntualiza Lobsang invitándote a pasar–. A decir verdad, te esperaba. Me gustaría hablarte de Siling-La.

–¿Sabe dónde queda? –inquieres.

–A muchas personas les gustaría saber dónde está Siling-La –responde eludiendo la pregunta.

–Ignoraba que la levitación fuera tan popular –comentas.

–No buscan la levitación, sino el tesoro –afirma Lobsang.

–¿Qué tesoro?

–Si lo que dice la leyenda es verdad, allí hay un tesoro –responde Lobsang–. Es posible que cuando te lo explique no me creas.

Pasa a la página 56.



Corres pista arriba. Las balas chocan contra el suelo a tus espaldas. Justo a tiempo logras protegerte detrás de una roca.

La metralleta del helicóptero gira hacia Jimmy y el sombrero móvil. Durante unos segundos el piloto intenta apuntar simultáneamente a dos blancos. Calcula mal y gira el helicóptero una fracción de segundo demasiado tarde. Oyes que uno de los rotores roza el borde del saliente. El helicóptero gira bruscamente y choca contra la falda de la empinada colina. Se oye una explosión ensordecedora y una inmensa bola de fuego cae por la falda de la colina hacia el camión. Una nube de humo aceitoso se eleva en el aire nuevamente silencioso.

Los tres os acercáis al borde del saliente y contempláis cómo arden los restos del helicóptero.

Al día siguiente, ya recuperado, vas a casa de Buckingham. El mayordomo se niega a responder a tus preguntas. Vuelves a tu casa y esperas. De vez en cuando intentas hablar por teléfono con Sylvia Morrison, pero la suerte no te acompaña. Parece que tu primer caso se ha resuelto por sí mismo. Sin embargo, un día ves en el periódico el siguiente artículo:

NAJIBADAD, INDIA 25 DE ABRIL

Ayer fue detenido en esta ciudad el millonario norteamericano Hubert Crossley, acompañado de una considerable fuerza paramilitar que trasladó secretamente de Estados Unidos a la India. El gobierno estadounidense ha declarado que desconoce totalmente las actividades de Crossley. Éste sostiene que estaba buscando el legendario monasterio de Siling-La, en el norte del Tíbet, pero no pudo explicar por qué necesitaba para esta expedición un numeroso grupo armado. Las autoridades indias afirman que Crossley será castigado severamente. En una acción relacionada con la anterior fue liberada la antropóloga norteamericana Sylvia Morrison, a la que, evidentemente, Crossley mantenía cautiva.

Fin



Vuelves a dormir. Despiertas justo a tiempo para reunirte con Snide. Al llegar al restaurante Lunchbox, te sientas en una mesa junto a la ventana y esperas. Snide se retrasa. Poco después pides un plato de sopa. Más tarde encargas un bocadillo de queso. Miras la hora: es la una menos veinticinco. Está bien, piensas, esperaré un rato más. Tomas el postre.

Como a la una en punto no te caben dudas de que Snide ya no hará acto de presencia, cruzas la calle que te separa del museo y te diriges a la sala de la colección tibetana. Snide no está allí.

—Hoy el señor Snide no ha venido —te informa uno de los guardias—. Supongo que es su día libre.

Piensas que hay algo sospechoso en esa situación. Experimentas una sensación desagradable. La intuición te aconseja volver a tu apartamento rápidamente.

Pasa a la página 65.

Gradualmente el monasterio se va volviendo opaco y los lamas se posan en tierra. Abres los ojos. Te encuentras nuevamente en la sala de meditación del monasterio de Chetrapa. Parpadeas sorprendido, porque el lama flota delante de ti, a unos treinta centímetros del suelo, con los ojos aún cerrados. Se posa delicadamente en el suelo y te conduce de regreso al sitio donde te espera Mei Li. Habla con tu intérprete y vuelve a entrar en el monasterio.

-No entiendo nada -comenta Mei Li-. Dice que has recibido la transmisión y que, para que puedas cumplir tu objetivo, basta que medites, totalmente concentrado, en la imagen de Si-ling-La.

El mensaje es claro para ti. Sabes que cuando regreses a Estados Unidos podrás levitar como mínimo una vez... Lo suficiente para salvar la fortuna del señor Buckingham.

Fin



Ves un camión que retrocede por el callejón. Al llegar al final, te meten bruscamente en él y te arrojan al suelo. Cubren el camión con una lona y el vehículo empieza a moverse.

Durante horas Jimmy y tú permanecéis echados en el suelo del camión. Poco antes del amanecer, el vehículo se detiene en una zona rural. Alguien aparta la lona y os deja sentar. El sol se eleva ardiente y abrasador. Campos llanos y agostados, cortados por algún manchón verde, se extienden hacia el infinito en todas direcciones. Reina un silencio sobrecogedor.

Aguantáis durante horas esa atmósfera caliente e irrespirable. Por fin oyes a lo lejos el ronquido de un avión... no, de un helicóptero. Aparece como un lunar en el cielo claro y deslumbrador y crece hasta posarse a pocos metros del camión.

Una mujer se apea del helicóptero dándote la espalda. La sigue un hombre que esgrime un revólver. Lo reconoces en el acto: el coronel Himmer. Tardas sólo unos segundos en identificar a la mujer.

Pasa a la página 26.

A lo largo de los días siguientes seguís avanzando hacia la aldea. La pista es aún peor de lo que suponías. En ocasiones baja hacia valles húmedos, donde la vegetación es tan frondosa que resulta casi imposible recorrerlos. Pero lo peor son las largas y negras sanguijuelas que se adhieren a tus piernas. Los mosquitos y otros insectos que pican son casi igual de espantosos. Y todo ocurre con la nieve del lejano Himalaya ante tus ojos.

En las pistas que hay a mayor altura, las granizadas repentinas amenazan con echaros de las faldas de las montañas o con haceros perder el conocimiento, con granizo del tamaño de una pelota de golf. Al quinto día caminas con unos zapatos destrozados por las afiladas piedras y guijarros del camino.

Oyes el ruido inconfundible de un helicóptero. ¡Tiene que ser Himmer! Os arrojáis instintivamente al suelo, cuando por encima de una cumbre cercana aparece el helicóptero. Buscas rápidamente a tu alrededor un lugar donde refugiarnos. Cerca hay una zanja poco profunda en la que podríais refugiarnos. A cierta distancia, en la pista hay una gran formación rocosa. Aunque allí estaríais más protegidos, quedaríais expuestos cerca de un minuto hasta que consiguiérais llegar a las piedras.

*Si decides ocultarte en la zanja,
pasa a la página 66.*

*Si prefieres desandar la pista
hasta llegar a las piedras,
pasa a la página 89.*



Sigues a Singh a través de un panel que se desliza por la pared. Descendéis por una escalera de caracol y finalmente recorréis un largo pasadizo que conduce a la parte de atrás de una tienda de alfombras.

—Aquí tienes unas rupias y las señas del alemán —dice Singh entregándote un sobre.

—¿El alemán?

—Sí —responde Singh—. Se llama Otto Von Kamp. Si no estoy equivocado, se trata de uno de los alemanes que el señor Buckingham persiguió hasta el Tíbet. Tal vez nos ayude a encontrar Siling-La antes de que lo haga Crossley. ¡Buena suerte!

Singh desaparece por el pasadizo.

La calle está cubierta por una arremolinada multitud. Estás a punto de partir cuando en la puerta ves a alguien a quien reconoces.

Pasa a la página 27.

—Me pregunto si Himmer viajaba en el helicóptero —dice Jimmy.

—No le pude echar un vistazo —respondes—. Estaba demasiado ocupado tratando de protegerme.

Oyes un gemido.

—¡Me han dado! —se queja Sylvia. Tiene una enorme herida en la pierna.

—Parece que se ha cortado con un trozo de piedra que salió despedida —comentas mientras le vendas la pierna con trozos de tela. Te diriges a Jimmy—: Quedaos aquí y descansad. Llegaré a la aldea y traeré ayuda. Ya no puede estar muy lejos.

—Puedo andar —insiste Sylvia—. No deberíamos separarnos.

*Si insistes en que esperen mientras te adelantas,
pasa a la página 111.*

*Si consideras que es mejor no separaros,
pasa a la página 59.*

Subes de un salto a la cabina del camión y cierras la portezuela. La llave del motor sigue puesta. Al girarla, el camión da un salto y avanza. Himmer da media vuelta e intenta disparar, pero es derribado por los soldados con los que hablaba y que ahora corren denodadamente hacia el camión. Intentan subir a la parte trasera, pero tú conduces a mucha velocidad.

El camión choca contra el helicóptero con una fuerza tremenda. Destroza el tren de aterrizaje y, ante tus ojos, la cabina del aparato cae al suelo. El camión para grandes cargas sigue en marcha. Das media vuelta y te diriges hacia Jimmy y Sylvia. Frenas una fracción de segundo para que puedan subir de un salto y pisas a fondo el acelerador, envolviendo a Himmer y a sus hombres en una nube de polvo.

—¿Cómo sabes quién soy? —pregunta Sylvia mientras tomas la carretera hacia Delhi.

—Tal vez no lo recuerde, pero hace unos días le telefoné para hacerle unas preguntas sobre la levitación.

—Claro que lo recuerdo —afirma Sylvia—. Estaba preparando las maletas para un viaje que no llegué a realizar. Ellos me secuestraron y me trasladaron en avión hasta aquí. Himmer está convencido de que sé dónde está Siling-La.

—¿Lo sabe? —inquieres.



Pasa a la página 32.

—Creo que será mejor cruzar con ayuda de las cuerdas —dices.

Jimmy y Sylvia están de acuerdo contigo. La antropóloga encabeza la marcha. Logra que parezca una tarea sencilla. Se sujeta con las manos de la cuerda superior y desliza los pies por la inferior. En cuanto empiezas a cruzar el barranco, te das cuenta de que no es tan sencillo. A mitad de camino, la cuerda inferior se escapa de debajo de tus pies. Te aferras con todas tus fuerzas hasta que tus pies vuelven a sujetar la cuerda. Consigues cruzar.

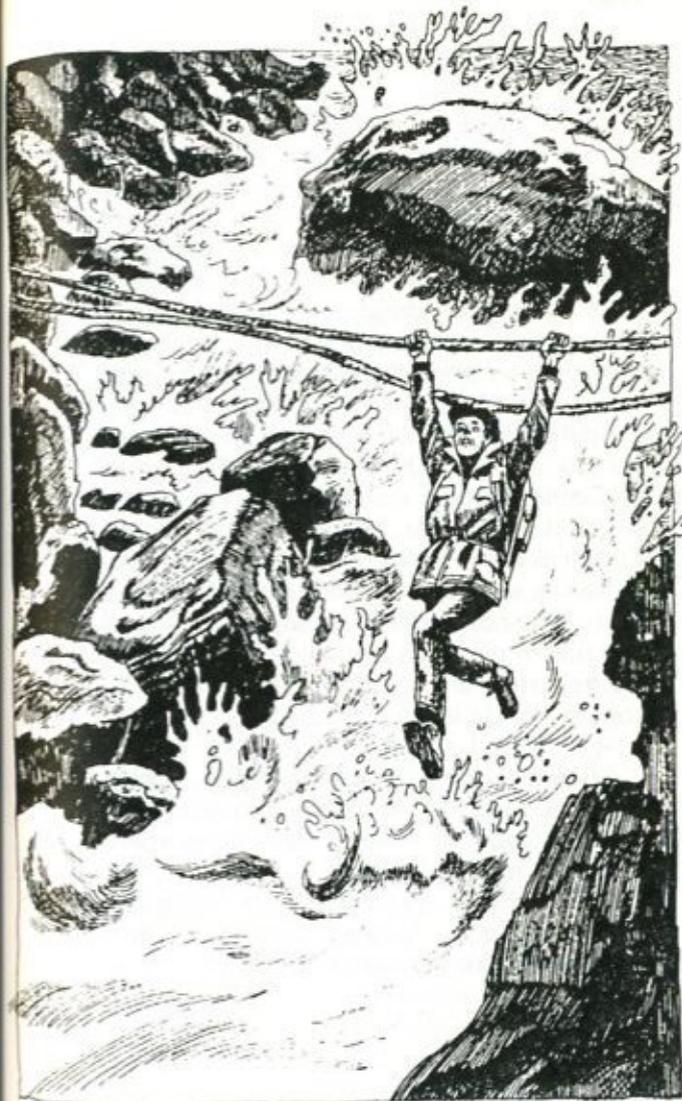
Estás preocupado por Jimmy, pero él está seguro de que lo conseguirá y Sylvia le alienta. Cuando casi ha terminado de cruzar, se le escapa la cuerda inferior. No logra recuperarla. Permanece colgado unos instantes. Luego, ayudándose con las manos, avanza lo que le falta para llegar al saliente. Está algo preocupado, pero sonrío con coraje.

Seguís avanzando hasta llegar a un lugar elevado en la pista, en el que descansáis un rato. Miras hacia atrás y ves la estrecha pista que serpentea por la falda de la montaña. Incluso divisas el puente de cuerdas. Tienes la sensación de que no os persiguen.

—Creo que, por ahora, estamos a salvo —afirmas.

—Estoy de acuerdo contigo —opina Jimmy.

—Es posible —interviene Sylvia—, pero por lo que sé de estas montañas sólo hemos recorrido la parte más fácil.



Pasa a la página 48.

–¿Sabes quién fue Gengis Kan? –pregunta Lobsang.

–Creo que sí. ¿No fue el que conquistó casi todo el mundo?

–Exactamente –corroboraba Lobsang–. Sus ejércitos mongoles conquistaron y saquearon casi todo el mundo conocido del siglo trece, desde China hasta Europa Central, pasando por Oriente Medio. Se apoderaron de todo lo que encontraron: oro, joyas y obras de arte de un valor incalculable. Todo fue enviado a Karakoram, la capital de Mongolia. Se dice que allí el tesoro ocupaba mil tiendas. Después de la muerte de Gengis, su nieto Qubilay Kan se hizo emperador de China. Qubilay convirtió a Pekín en la capital y mandó a buscar el tesoro, que nunca llegó. Entonces envió un ejército a Karakoram para que entrara a saco en la ciudad y capturara el tesoro, pero éste había desaparecido. Algunos afirman que una inmensa caravana lo trasladó más allá de los desiertos de Gobi y de Taklamakan... hacia la zona norte de la meseta tibetana.

–¿A Siling-La? –te interesas.

–Algunos piensan que es posible –replica Lobsang–. E incluso hoy buscan Siling-La para recuperar el tesoro de Gengis Kan. Ahora apareces tú y quieres ir a Siling-La.

–Me pidieron que encontrara Siling-La, no el tesoro –aclaras–. Voy en busca de los monjes o de alguien que sea capaz de levitar.

Pasa a la página siguiente.

–Si lo que te interesa es la levitación, puedes quedarte y aprender conmigo yoga tibetano –dice Lobsang–. Con el tiempo es posible que tú mismo levites. Si no puedes quedarte, regresaré contigo a Estados Unidos y demostraré que la levitación es posible. Por otro lado, los peligros de ir a Siling-La son mayores de lo que imaginas. Tal vez lo encuentres, pero no es seguro que regreses. Si te consideras obligado a ir a Siling-La, puedo enviarte al monasterio de Chetrapa. Según dicen, es el primer paso en el camino hacia Siling-La. La elección está en tus manos.

*Si decides quedarte en Lhasa
y estudiar con Lobsang,
pasa a la página 96.*

*Si prefieres dirigirte al monasterio de Chetrapa,
pasa a la página 90.*

—Creo que si consigue una orden de registro y hace una redada en sus almacenes, encontrará muchas mercancías importadas ilegalmente —le dices al inspector McElroy.

Al día siguiente, McElroy sigue tu consejo. La policía encuentra obras de arte entradas de contrabando, por valor de varios millones de dólares.

—Si Crossley no puede explicar de dónde sacó estas cosas, se verá metido en un buen lío —comenta más tarde McElroy.

Cuando la policía acude a la mansión de Crossley para interrogarlo, la encuentra abandonada.

—No te preocupes —dice McElroy—, capturaremos a Crossley en cuanto regrese.

Sin embargo, Crossley no regresa nunca. Cuando telefoneas al señor Buckingham, comprobamos que él también ha desaparecido. Éste es el fin de la apuesta sobre la levitación... y de tu primer caso.

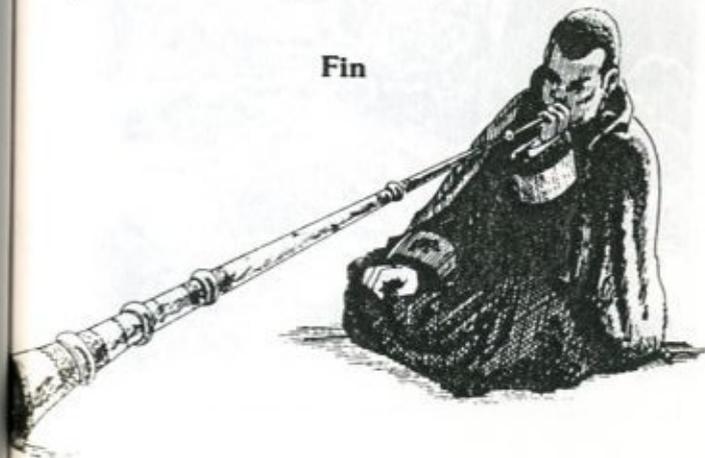
Fin

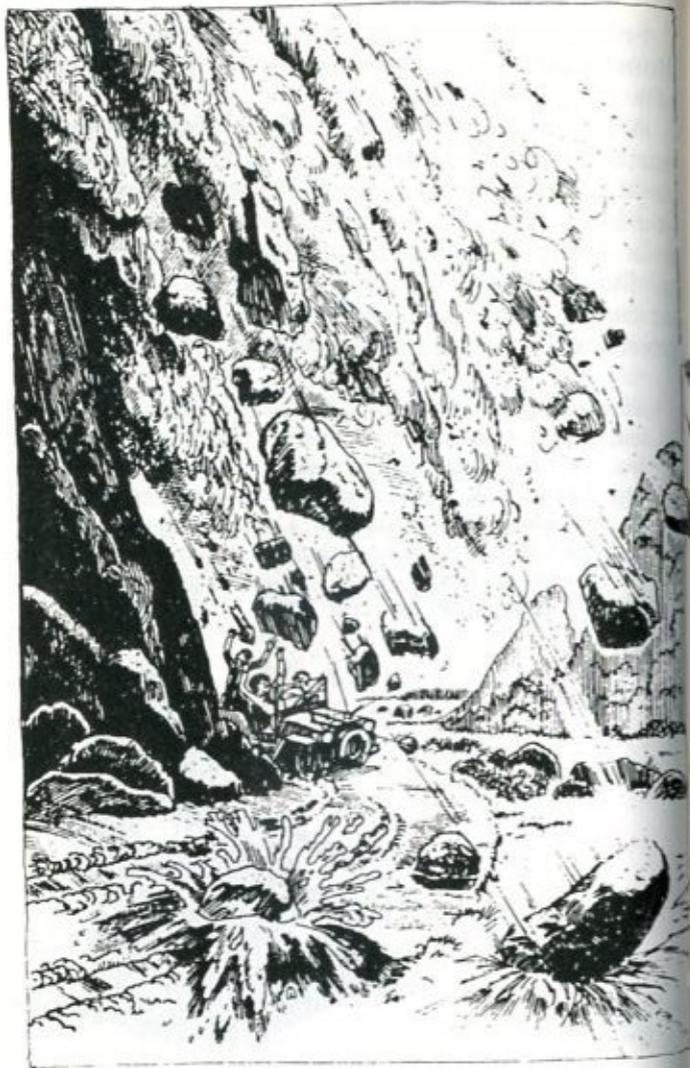
Sylvia puede caminar con ayuda, de modo que Jimmy y tú os turnáis. Aunque lentamente, avanzáis. Al final llegáis a la aldea.

Afortunadamente en la aldea hay una misión norteamericana que dispone de un transmisor de onda corta. Envían en vuestro nombre un mensaje a las autoridades indias y éstas lo retransmiten a la Interpol. Aguardáis inquietos la respuesta. Dos días después llega un mensaje personal de Singh, en el que te agradece la colaboración prestada. El mensaje dice también:

El ejército indio arrestó a Crossley y a sus comandos por realizar operaciones militares ilícitas. Se ha frustrado el ataque a Siling-La. No estoy seguro de que Crossley haya encontrado su verdadero emplazamiento. De todos modos, Siling-La estará a salvo durante una temporada o, al menos, hasta que Crossley salga de la cárcel, cosa que no creo que ocurra muy pronto.

Fin





Kurt os ayuda a cargar el jeep con provisiones. Luego los tres partís hacia las montañas. Von Kamp estudia el mapa y queda convencido de que el jeep os puede acercar lo suficiente a Siling-La para cubrir el resto del trayecto a pie. Al tercer día el tiempo se vuelve lluvioso y frío. En la carretera aparece un gran letrero recién pintado. Von Kamp lee el extraño mensaje.

—Dice que, debido a las lluvias recientes, la carretera es muy peligrosa. Hay desprendimientos de tierra —traduce.

Coincidís en que no hay más alternativa que seguir adelante. Pasáis delante del letrero. El jeep es el único vehículo que transita por la fangosa carretera. Una hora más tarde, al doblar un recodo al pie de una empinada colina, oís un retumbar por encima de vuestras cabezas. Alzas la vista y el terror te paraliza. El cielo está cubierto por inmensas piedras que caen sobre vosotros. Von Kamp da marcha atrás, pero no sirve de nada. Segundos después, quedáis enterrados bajo toneladas de piedras.

Fin



Aún es de noche. Kando no abre la boca y os hace señas de que la sigáis. Apenas la divisas en la oscuridad, pero la seguís silenciosamente.

Kando os conduce por una larga colina que se aleja de la aldea. Al llegar al pie, se detiene y susurra:

—¡Adiós y buena suerte! —a renglón seguido se pierde en la oscuridad.

Más que verla, intuyes la pista. Durante un tramo es llana. Luego asciende regularmente. Las primeras luces del alba se cuelan entre los barrancos que te rodean.

La pista se estrecha hasta convertirse en una cornisa abierta en la falda de la montaña, con una caída de cientos de metros. No te atreves a mirar hacia abajo. Cuentas tus pasos de cien en cien para no tener que pensar en el precipicio.

De repente la pista se convierte en dos cuerdas de aspecto endeble tendidas a través de un barranco. Las cuerdas se mecen suavemente a causa de la brisa.

—Ya he cruzado este tipo de puente —dice Sylvia—. La cuerda de arriba sirve para las manos y la de abajo para los pies. ¿Queréis intentarlo?

—Podríamos abandonar la pista, bajar hasta el fondo del barranco y cruzar por allí —dices—. De todas maneras, parece igual de peligroso que atravesarlo por arriba.

*Si decides cruzar por el puente de cuerdas,
pasa a la página 54.*

*Si prefieres bajar al fondo del barranco,
pasa a la página 70.*

Te vuelves hacia el monje y le preguntas:

-¿Habla mi idioma?

El monje sonríe y responde:

-Sí. Me llamo Lobsang. Veo que eres norteamericano. ¿Has venido por turismo?

-No exactamente -replicas-. A decir verdad, estoy buscando un sitio llamado Siling-La.

Lobsang se sorprende y te mira con expresión de desconcierto.

-Siling-La -repite el tibetano-. ¿Qué esperas encontrar allí?

-El secreto de la levitación o, como mínimo, saber si la levitación existe o no realmente -replicas.

-En ese caso, indudablemente puedo ayudarte. Si vienes a visitarme a mi casa de Lhasa, te hablaré de Siling-La.

Lobsang te entrega un papel con sus señas.

Pasa a la página 85.

Al llegar a tu piso encuentras la puerta abierta de par en par. Te resulta extraño, porque estás seguro de haberla cerrado con llave. Atento a todo, enciendes la luz... y lo que ves te paraliza.

Tu casa ha sido registrada y todo está revuelto. Recorres el apartamento enderezando mesas y sillas. Alguien buscaba algo. Han sacado todos los cajones del tocador del dormitorio. El contenido está desparramado por el suelo. Ves tus papeles dispersos por todas partes. Afortunadamente encuentras el pasaporte.

¡Por suerte aún tienes en el bolsillo el cheque de Buckingham y, por añadidura, el mapa! Pienzas que tal vez iban detrás del mapa. Alguien, quizá Crossley, buscaba el mapa de Siling-La que estaba en poder de Buckingham. Evidentemente, hay mucha gente interesada en la levitación.

En ese momento se te ocurre otra idea. Es posible que Snide te sacara de en medio adrede para poder registrar tu apartamento. ¿Es posible que trabaje para Crossley? Deberías ir al apartamento de Snide y comprobar si está. Pero también es posible que no tenga nada que ver con esto; quizá debieras seguir los consejos del señor Buckingham y tomar un avión hacia el Tíbet.

*Si decides ir al piso de Snide,
pasa a la página 102.*

*Si prefieres contactar con tu agencia de viajes
y comprar un billete para el Tíbet,
pasa a la página 39.*

—¡Rápido! —gritas—. ¡Ocultémonos en la zanja!

Corréis por la pista hacia la zanja y os zambullís en ella. Os salváis por los pelos, ya que una prolongada ráfaga de fuego de metralleta salpica la pista. El helicóptero vuelve a desaparecer detrás de la cumbre. Calculas que, por la dirección del sonido, está dando la vuelta para sorprenderos por detrás. Se te ocurre una idea. Agarras una rama y colocas tu sombrero en la punta.

—Sylvia y tú os quedaréis aquí y aguantaréis esto —le gritas a Jimmy entregándole la rama—. Encontrarán en la pista un blanco móvil.

—Pero... pero... —protesta Sylvia.

—Ahora no hay tiempo para discutir —respondes a gritos.

Sales de la zanja y echas a correr en el mismo instante en que el helicóptero asoma desde detrás de otra cumbre.

Pasa a la página 43.

En un remoto puesto fronterizo, Von Kamp muestra al guardia una especie de permiso y éste autoriza el paso de la furgoneta.

Al día siguiente Von Kamp se detiene junto a un extenso campo en el que hay estacionado un bimotor.

—Es un Fokker 27, el avión más seguro que existe —explica Von Kamp.

Un hombre de la edad de Von Kamp cruza el campo a grandes zancadas.

—¡Kurt! —exclama Von Kamp.

Los hombres se estrechan en un abrazo.

—Mi viejo amigo, ¿qué te trae por aquí? —pregunta Kurt.

—Necesito ir a las montañas —responde Von Kamp—. Debo llegar al monasterio de Siling-La.

Kurt frunce el ceño.

—Me encantaría ayudarte, pero debo advertirte que en esta época del año los vuelos hacia el norte son muy movidos y peligrosos.

—Es vital que vaya —insiste Von Kamp—. Debo advertirles que corren peligro.

—Está bien, amigo mío, si tienes que ir, te llevaré. Espera un momento. Se me ocurre otra idea. Mi jeep parece una cabra montesa mecanizada. Ahí está. Puedes disponer de él.

—Sea como fuere, resultará peligroso —comenta Von Kamp—. No puedo decidir yo. Tal vez debiéramos someterlo a votación.

*Si votas a favor de tomar el avión,
pasa a la página 113.*

*Si votas por utilizar el jeep,
pasa a la página 61.*

Entras en el museo y te presentas en la recepción para solicitar información. La segunda planta parece abandonada. Penetras en la amplia estancia que alberga la colección tibetana. Las paredes están cubiertas por largos rollos de pergamino que representan los feroces demonios de la mitología tibetana. En el centro de la sala hay estatuas de budas meditando, en tamaño natural.

En ese momento reparas en un hombre menudo, con gafas –sin duda, el conservador–, inclinado sobre un escritorio situado a un lado.

–¿Es usted el señor Snide? –preguntas.

–Sí, soy yo –responde. Se da cuenta de que miras el extraño libro que tiene en las manos y añade–: Se trata de un libro tibetano. La escritura tibetana se imprime en largas hojas de papel que, cuando no se leen, se guardan entre gruesos bloques de madera. Este ejemplar en concreto es el *Libro tibetano de los muertos*. Explica cómo regresar en la próxima reencarnación, cómo renacer.

–¿Se refiere a cómo regresar convertido en hormiga o en algo por el estilo? –inquieres.

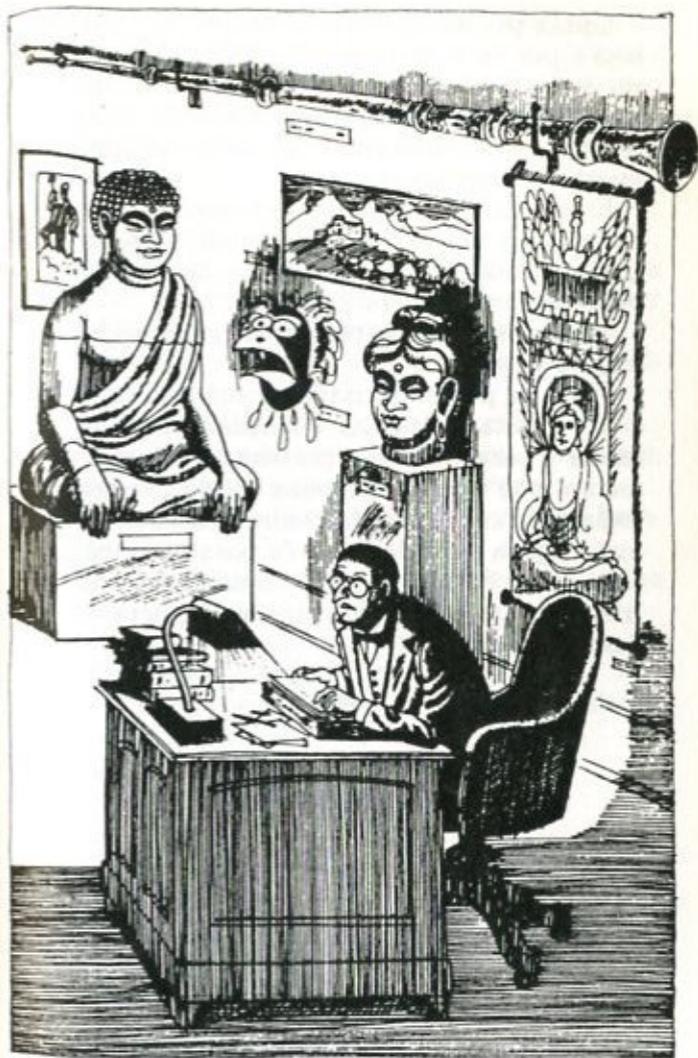
–¡De ninguna manera! –exclama Snide–. No tiene nada de gracioso. Además...

–Lo siento –dices alzando una mano–. En realidad he venido a buscar información.

–¿Qué quieres saber? –se interesa Snide.

–Dos cosas. La primera se refiere a la levitación –una débil sonrisa cruza el rostro de Snide–. La segunda es si alguna vez ha oído hablar de un lugar llamado Siling-La.

Esta vez Snide se queda atónito.



Optáis por no atravesar el puente de cuerdas y bajáis por la superficie escarpada. Un estrecho río recorre el fondo del barranco. Es difícil mantener el equilibrio. Hay lugares donde no hay puntos de apoyo. Lamentas no haber utilizado el puente de cuerdas.

Eres el primero en llegar al fondo. Te detienes en la orilla del río, preguntándote cómo harás para atravesarlo. La corriente es demasiado impetuosa para atravesarlo a nado.

Sylvia señala cinco piedras muy separadas entre sí y sugiere:

-Tal vez podamos usarlas como pasarelas.

Lo intentas. Calculas minuciosamente la distancia y saltas sobre la primera piedra. De momento todo va bien. Respiras hondo y saltas a la segunda. Pero la tercera piedra está cubierta por una delgada capa de hielo. Al posarte, resbalas y caes en el helado torrente. Eres arrastrado corriente abajo tan rápido que ni siquiera tienes tiempo de gritar.

Fin

Sylvia no ha perdido un segundo. Ya ha bajado la mitad de la escalera de incendios cuando sales por la ventana. Bajas de prisa hasta el oscuro callejón que se extiende detrás del edificio. Al llegar abajo, sólo percibes a tu alrededor sombras y silencio.

-¿Sylvia? -susurras.

-Aquí estoy -responde.

Caminas hacia ella. De pronto, en medio de la débil luz, te das cuenta de que estás rodeado por sombrías figuras que portan metralletas.

-¡Entrega el mapa! -ordena una de las figuras.

-¡No! ¡No! ¡No lo tengo! -oyes gritar a Sylvia.

Te acercas a ella, pero dos hombres te atrapan, te ponen contra la pared y te registran.

-Este tampoco lo tiene -grita uno de los hombres.

-En ese caso, remátalos -ordena una voz ronca.

-Un momento... -pretendes decir, pero no consigues terminar la frase.

Una ráfaga de metralleta te obliga a abandonar el caso.

Fin

Sylvia Morrison cierra de un portazo y apoya la espalda contra la puerta.

—¿Qué ocurre? —inquieres.

—Acabo de recibir una llamada telefónica en la que me avisan de que alguien quiere atraparme.

—¿Quiere decir que intentan secuestrarla?

—Es una larga historia... Intentaré ser breve —dice Sylvia suspirando—. Acepté ayudar a un hombre llamado Crossley en una investigación... para encontrar cierto lugar del Tíbet. Acepté el trabajo porque me enteré de que Crossley es peligroso. Lo supe gracias a mi amigo Snide, que trabaja en el museo. Snide le compró a Crossley obras de arte tibetano, hasta que descubrió que, en realidad, era contrabandista de obras robadas. De alguna manera Crossley se enteró de que Snide lo sabía, y ahora lo tiene aterrorizado. Amenaza con liquidarlo. Temo que Crossley haya averiguado que yo también sé quién es realmente. Por suerte conozco algunos elementos del hampa. Acaban de aconsejarme que me vaya.

—De acuerdo, en marcha —dices.

—Tengo miedo de salir de aquí —añade Sylvia.

—¿Existe otra salida?

—Sólo la escalera de incendios del fondo.

—En ese caso, lárguese por ella. Me quedaré aquí y, si aparece alguien, intentaré darle largas.

—¡Es peligroso que te quedes aquí! —dice Sylvia.

Si te vas con Sylvia, pasa a la página 71.

Si te quedas en el apartamento hasta que ella desaparezca pasa a la página 93.

—Me encantaría ir a la India, pero en estos momentos tengo demasiadas cosas entre manos —le respondes al señor Crossley.

—De acuerdo —prosigue el señor Crossley apretando un botón adosado a su escritorio—. Ya puedes irte.

Dos secuaces de Crossley entran en el estudio.

—Jake y Bradshaw te enseñarán la salida —añade el señor Crossley.

Flanqueado por los hombres de Crossley, abandonas la mansión y bajas por un camino de tierra hasta internarte en el bosque que se extiende detrás de la casa. A decir verdad, no parece la salida de la propiedad. Te muestras cada vez más receloso.

—¿Qué es eso? —preguntas señalando la mansión.

En cuanto los hombres de Crossley giran la cabeza, echas a correr y te pierdes en medio de la arboleda. Con la esperanza de ser más rápido que ellos, te esfuerzas hasta que las piernas ya no te sustentan. De pronto oyes un ruido que te paraliza de terror.

Escuchas la llamada de un cuerno de caza y los ladridos ansiosos de los sabuesos. Te cubre un sudor frío cuando comprendes que quizá los hombres de Crossley te dejaron escapar para poder darte caza.

Siempre te has preguntado cómo se siente el zorro cuando lo persiguen los podencos. Ahora estás a punto de averiguarlo.

Fin

Pasas la noche en casa de los amigos de Sylvia, abrigando la esperanza de que Crossley no te encuentre y pensando si es conveniente contarle tu historia a la policía. Afortunadamente no tienes que hacerlo. Al día siguiente lees en la edición en inglés del periódico local que Crossley y sus hombres fueron detenidos, acusados de introducir ilegalmente armas en la India. Parece que pasará en prisión una buena temporada.

Convencidos de que estáis a salvo, decidís retornar a Estados Unidos. Jimmy va a vivir con la hermana de su madre. Tal vez no sea tan rica como Crossley, pero está encantada con Jimmy.

Obviamente, el señor Buckingham ha salido del aprieto en lo que se refiere a su apuesta sobre la levitación. El mayordomo te envía sus primeros y generosos honorarios como investigador privado.

Fin

Sigues a Snide. Lo ves entrar en un edificio de apartamentos. Pocos minutos después, notas que se encienden las luces en una hilera de ventanas del último piso. Las luces se apagan diez minutos más tarde. Parece que Snide se va a dormir temprano.

Miras la hora. Son las diez en punto. Esperas que Buckingham siga despierto, ya que quieres hacerle algunas preguntas.

En la esquina subes a un taxi. Le das al conductor las señas de Buckingham. El taxi se aleja del centro de ciudad y se interna en uno de los barrios más ricos. Atraviesa una entrada primorosamente trabajada y sube por la larga calzada que conduce a la mansión de Buckingham.

Pasa a la página 80.

De pronto Buckingham se muestra esperanzado.

—Tienes que ir al Tíbet, encontrar el valle de Siling-La y aprender a levitar o traer a alguien que pueda hacerlo. Dibujé un mapa del emplazamiento de Siling-La. Si aceptas la misión, te lo daré.

—¿Para qué desplazarse hasta el Tíbet? —comentas—. He oído que en la ciudad hay grupos que, según dicen, practican la levitación.

—Dicen que pueden levitar, pero todos fracasan ante las pruebas del grupo de científicos de Crossley.

—¿Y por qué no va usted al Tíbet? —insistes.

—No, no. Estoy viejo y cansado. Yo no lo conseguiría. Por eso te necesito.

—No obstante, me parece que nos ahorraríamos muchos problemas si pudiéramos encontrar a alguien en algún lugar más cercano —propones.

—Si te parece, puedes intentarlo. Tal vez esto te ayude.

Buckingham te entrega un recorte de prensa de días atrás. Ves la foto de una mujer junto a un breve artículo que dice:

La célebre antropóloga Sylvia Morrison acaba de regresar de un viaje a la India y al Himalaya, donde ha estudiado los fenómenos de la telepatía mental y la levitación.

Pasa a la página siguiente.

—Si mañana vienes a mi casa —añade el señor Buckingham—, te entregaré el mapa y un cheque para cubrir los gastos. A propósito, quizá te convenga visitar al señor Snide en el Museo de Historia Natural. Es el conservador de la colección tibetana.

Estrechas la mano del señor Buckingham y lo acompañas hasta la puerta.

—Cuento con tu colaboración —te dice antes de salir.

*Si decides telefonar a Sylvia Morrison,
pasa a la página 5.*

*Si prefieres ir antes al museo,
pasa a la página 68.*

Todos los hombres, excepto Joe, van a buscar una carretilla elevadora; él permanece junto a la puerta, fuera de la habitación. Te mueves todo lo rápida y silenciosamente que puedes, y te ocultas detrás de la puerta. La carretilla elevadora entra en la estancia y se dirige hacia la estatua. Las barras se deslizan bajo el ídolo y lo elevan por los aires. Luego la carretilla elevadora sale de la sala, marcha atrás, y baja por el pasillo. Todos los hombres se retiran. Vuelve a reinar el silencio. Esperas unos diez minutos y caminas con cautela hacia la puerta del final del pasillo, que tiene un panel de cristal. Miras hacia el otro lado... ¡y ves la calle!

No tienes dificultades para abrir la puerta. Estás en el barrio de la ciudad donde se apiñan los depósitos de mercancías. Un enorme camión gira en la esquina. Esperas que se trate de Joe y sus compinches, que se alejan con el ídolo. Tomas un taxi y te diriges directamente a la comisaría. Aunque los agentes hacen caso de lo que les dices, prácticamente no pueden hacer nada, pues no hay pruebas de que se haya cometido un delito.

En lo que se refiere a tus sospechas de que Sylvia fue secuestrada, los policías afirman que tanto Sylvia como Buckingham han abandonado la ciudad y es imposible contactar con ellos. Tendrás que esperar a que regresen. Tienes la corazonada de que será una espera interminable.

Fin

—¿Por casualidad no ha visto parte de un mapa? —le preguntas a Flitcher.

—Rotundamente, no —responde el mayordomo de Buckingham acompañándote a la puerta—. Espero que hayas obtenido la información que viniste a buscar.

Regresas al taxi que te espera y le das al conductor las señas de tu casa.

Apenas entras en tu apartamento, suena el teléfono.

—Hola, soy Everett Snide, el conservador de la colección tibetana. Lamento haberte despedido bruscamente, pero me pillaste por sorpresa. Puedo decirte... muchas cosas sobre lo que estás buscando.

—Ahora mismo voy para allá.

—Esta noche, no —puntualiza Snide—. Te veré en el restaurante Lunchbox, frente al museo, mañana al mediodía —se oye un clic cuando Snide cuelga.

Piensas que ni siquiera te dio las buenas noches.

Aunque te quedas dormido apenas te acuestas, pasas una mala noche. Cuando a las ocho de la mañana suena el despertador, estás atontado. Tienes la tentación de seguir durmiendo. Al fin y al cabo, la cita con Snide es al mediodía. Por otro lado, tal vez fuera útil hablar con Sylvia Morrison antes de reunirte con Snide.

*Si sigues durmiendo,
pasa a la página 45.*

*Si te levantas y telefoneas a Sylvia Morrison,
pasa a la página 14.*

Pides al taxista que espere y tocas el timbre. Un mayordomo abre la puerta.

-¿Qué deseas? -pregunta.

Le dices que quieres ver al señor Buckingham.

-Lo siento mucho, pero a primera hora de esta tarde el señor Buckingham partió para un viaje muy largo -responde el mayordomo.

-Eso es absurdo -afirmas-. Estuve con él hace unas horas.

-Lo llamaron repentinamente... por negocios.

-¿Qué clase de negocios? -inquieres.

-Lamentablemente no estoy autorizado a... -comienza a decir el mayordomo, se interrumpe y te observa atentamente, como si intentara recordar algo-.

-¡Claro! Ahora que me acuerdo, el señor Buckingham dejó algo para ti. Espera un momento.

-El mayordomo desaparece unos segundos y vuelve con un sobre lacrado. Te lo entrega y lo abres. Contiene un cheque firmado por el señor Buckingham. Hay una nota que dice:

Por favor, transmite toda la información sobre Siling-La a mi criado Flitcher. Agradezco tu cooperación de antemano.

Bertram Buckingham

En el sobre también hay un mapa del norte de la India, Nepal y Tíbet. Mejor dicho, hay medio mapa. La parte de arriba ha sido cortada por encima de Lhasa, la capital del Tíbet.

Pasa a la página 79

El helicóptero parte con Himmer a bordo. Uno de los soldados permanece en la aldea, vigilando la casa donde estáis. No veis a nadie, hasta que esa noche llega una mujer menuda de ojos oscuros, con una bandeja con alimentos.

-Me llamo Kando -dice dejando la bandeja en una mesa baja-. No me gusta lo que Himmer le ha hecho a mi aldea. Si queréis escapar os ayudaré.

-¿Cuánto tardaríamos en llegar a la próxima aldea? -preguntas.

-Unos pocos días -responde Kando-. Puedo conseguir alimentos suficientes para el trayecto.

-¿Qué estamos esperando? -pregunta Jimmy. Sylvia niega con la cabeza e interviene:

-Tal vez no sea una buena idea. He pasado algunas temporadas en estas montañas y sé que están llenas de barrancos profundos, ventisqueros y torrentes impracticables. Si seguimos aquí, tal vez podamos desbaratar los planes que Himmer haya trazado para nosotros.

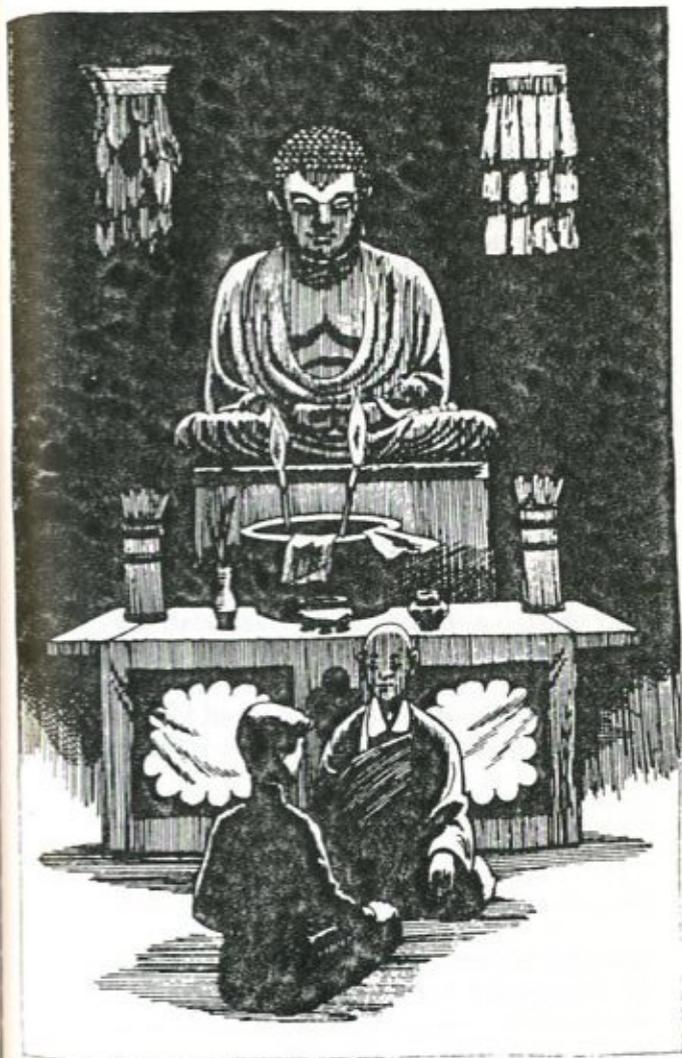
*Si quieres tratar de escapar,
pasa a la página 24.*

*Si prefieres permanecer en la aldea
y tratar de desbaratar los planes de Himmer,
pasa a la página 115.*

—El lama ha dicho que no necesitaré intérprete. Se comunicará contigo telepáticamente, en el reino de la sabiduría universal más allá de las palabras —explica Mei Li—. Me sorprende que todavía haya gente que crea semejantes cosas.

Piense lo que piense Mei Li, sigues al lama por las profundidades del monasterio hasta una estancia cuadrada. En una esquina se eleva un altar con un buda muy parecido al que viste en el museo. Delante del altar arde incienso, impregnando el aire de un extraño aroma.

El lama te indica que te sientes en el suelo, en el centro de la estancia, frente al altar. Se sienta delante de ti y cierra los ojos para meditar profundamente. Lo imitas. Al hacerlo, sientes que eres transportado hasta un punto situado muy por encima de otro monasterio. A tus pies se extienden montañas cubiertas de nieve, iluminadas por una luz blanca muy pura. Las montañas rodean un frondoso parque enclavado junto a un lago de color zafiro. En el centro del parque se alza el monasterio. Su tejado de oro posee una brillantez deslumbrante. Incluso puedes ver los árboles del parque, cada uno con sus flores de diversos colores. No es necesario que alguien te diga que es Siling-La.



En ese momento te das cuenta de que varios lamas meditan con las piernas cruzadas a orillas del lago. Alzan la vista y te ven. Con las piernas cruzadas, los lamas se elevan lentamente del suelo, levitando hasta formar un círculo a tu alrededor.

Miras hacia abajo. El monasterio se vuelve transparente. Por algún motivo puedes ver a través del edificio. Una inmensa caverna natural se extiende varios kilómetros bajo tierra. Está repleta de tesoros, cuya existencia jamás imaginaste.

Pasa a la página 46

Poco después, el avión aterriza a unos noventa kilómetros de Lhasa, capital del Tíbet y tu punto de destino. Un autobús te lleva a la ciudad por una carretera blanca y arenosa. Varios kilómetros antes de llegar a Lhasa, distingues las majestuosas paredes blancas y los techos dorados del inmenso Palacio Patala, que aparentemente flota en el cielo.

Poco después te internas en la ciudad vieja de Lhasa. Casi todas las casas son estructuras encajadas de dos pisos, con el techo plano. Las puertas y las ventanas están alegremente adornadas con dibujos azules, verdes y rojos. Por todas partes hay jardineras con flores multicolores.

Te registras en la casa de huéspedes donde se hospeda el grupo de turistas. Allí te entregan una «almohada de oxígeno» con el tubo de goma para respirar en caso de necesidad, por si sufres un ataque de mal de altura.

Tal vez debieras ir directamente a casa de Lobsang. Es tu primera pista sólida respecto al emplazamiento de Siling-La, y la única persona que conoces en Lhasa. Pero tal vez fuera aconsejable recorrer primero la ciudad y hacer algunas indagaciones.

*Si decides ir directamente a casa de Lobsang,
pasa a la página 41.*

*Si prefieres pasear por Lhasa,
pasa a la página 94.*

Sales del museo y miras la hora. Están a punto de cerrar. Tal vez debieras esperar y ver a dónde se dirige Snide después del trabajo. Te escondes detrás de un árbol frente al museo. Ves salir a todo el personal... Mejor dicho, a todos menos a Snide.

Casi todas las luces del museo se han apagado. Esperas un poco más, hasta que te sientes ridículo. Te das cuenta de que el conservador pudo salir fácilmente por la puerta trasera.

Cuando estás a punto de darte por vencido, la puerta del museo se abre y sale alguien. Incluso desde esa distancia reconoces a Snide. Mira a su alrededor, como si creyera que le vigilan, y se apresura calle abajo. Para no correr riesgos, lo sigues a una distancia prudencial.

Vás detrás de Snide durante cerca de un kilómetro y medio. Súbitamente se detiene y se reúne con un hombre. Aunque estás demasiado lejos para ver con claridad, tienes la sensación de que se intercambian algo. El hombre se aleja en una dirección distinta. Hay algo en él que te incita a seguirlo. Cualquiera de ellos podría conducirte a la respuesta sobre las razones por las que Snide se mostró tan inquieto cuando hablaste de Siling-La. Tienes que tomar una decisión de inmediato.

*Si sigues a Snide,
pasa a la página 75.*

*Si prefieres seguir al otro hombre,
pasa a la página 19.*

Incapaz de moverte, yaces en el suelo del apartamento de Sylvia. La antropóloga se pone en pie, se quita la peluca y la arroja sobre la mesa. Sylvia es un hombre al que reconoces en el acto: Flichter, el mayordomo del señor Buckingham.

—Te agradezco que me hayas facilitado las cosas —dice Flichter—. Crossley me dará una gratificación por rematarte, como hice con el viejo Buckingham. Es una pena que tuvieras que...

Ya no oyes nada más.

Fin



Echáis a correr por la pista hacia las rocas. Las ráfagas de metralleta provenientes de helicóptero salpican la pista a vuestras espaldas. Aterrorizado, tropezas con un guijarro y caes.

Miras por encima del hombro mientras intentas incorporarte. El helicóptero se encuentra tan próximo que ves a Himmer asomado en la cabina. Una mueca infernal demuda su rostro. ¡Tienes que escapar! Te pones en pie y corres hacia las piedras. Casi lo consigues... pero no llegas.

Fin



Lobsang te da una carta de presentación para las lamas –los monjes– de Chetrapa. Con el fin de no correr riesgos, pides permiso a las autoridades de Lhasa para hacer el viaje. Por un poco más de dinero te proporcionan una intérprete, una joven china llamada Mei Li.

Afortunadamente el camión que traslada provisiones a Chetrapa parte ese mismo día. El conductor acepta llevaros a Mei Li y a ti. El vehículo serpentea por un amplio valle y luego pone rumbo norte, hacia las onduladas colinas de color oro.

Por la tarde llegáis a Chetrapa, una pequeña aldea de casas bajas de piedra, agrupadas en torno al monasterio. Pasáis la noche en casas de aldeanos, ya que no hay otro alojamiento.

A la mañana siguiente subís por la larga escalera que conduce al monasterio. Os recibe uno de los lamas más ancianos. Le entregas la carta escrita por Lobsang en tibetano. El lama la lee y habla con Mei Li.

–Dice que si lo sigues te concederá una audiencia privada –te informa Mei Li.

Comenzáis a seguirlo, pero el lama se detiene y habla rápidamente con la china. Mei Li lo mira como si no terminara de creer lo que acababa de oír.

Abandonas el interior del ídolo. Te acercas a la ventana con cautela. Ves que varios pelotones de soldados patrullan la zona.

Observas la sala de conferencias. ¡Qué suerte! ¡En un ángulo hay una caja llena de uniformes semejantes a los que llevan los soldados de Crossley! Te pruebas uno que parece ser de tu talla. ¡Te queda bien! Te miras en el espejo y compruebas que pareces idéntico a los demás.

Te acercas a la puerta de puntillas y prestas atención. No oyes nada. Entreabres la puerta y vigilas el pasillo. No hay nadie a la vista.

Recorres el pasillo, bajas la escalera y sales por la puerta principal. Procurando no llamar la atención, te diriges a la entrada situada al final de la calzada. Cuando estás a punto de llegar, dos soldados de Crossley te detienen.

–Venga, toma esto y sube al camión –te ordena uno de los hombres, al tiempo que te entrega una caja y te empuja hacia un enorme camión de color pardo.

Tu disfraz es demasiado bueno. Creen que formas parte de su contingente. Tienes que hacer lo que te han ordenado.

El camión se desplaza hasta una pequeña y aislada pista de aterrizaje perdida en medio del campo. En un abrir y cerrar de ojos te meten en un avión de transporte.

El caso Buckingham tendrá que esperar. Estarás muy ocupado tratando de encontrar el modo de salir del «ejército» de Crossley y regresar desde la India a Estados Unidos.

Fin



Sylvia acaba de salir por la ventana que conduce a la escalera de incendios cuando se abre la puerta de su apartamento. Entran corriendo dos hombres vestidos con uniforme militar.

—¿Qué significa esto? —preguntas—. Tiene que haber alguna confusión.

—De confusiones, nada —dice uno de los hombres, te aparta bruscamente y corre hacia la ventana trasera.

Te sacan a empujones del apartamento y te obligan a bajar la escalera. Una vez fuera, ves aparcada frente al edificio una limusina de color azul marino. Uno de los uniformados —si es que son lo que parecen— te empuja contra el cochazo. La luz del farol ilumina el rostro del hombre que ocupa el coche.

—Muy bien, quiero el mapa de Buckingham —dice—. Nadie se pasa de listo con Hubert Crossley.

—¡Yo no tengo el mapa de Buckingham! —protestas.

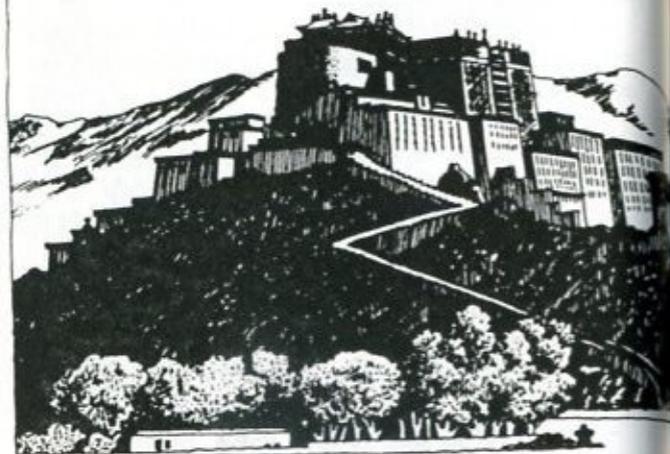
Uno de los soldados te golpea.

—Será mejor que digas la verdad o date por muerto —te advierte Crossley.

Sus soldados te registran y luego suben al cochazo, que se aleja a toda velocidad. Te apoyas contra un árbol y te aguantas la barriga. Sospechas que tienes una costilla rota. Debes replantearte esta profesión de detective.

Paras un taxi y, dolorido, subes. Cuando estás en tu apartamento, telefoneas a Buckingham. Te comunican que el señor Buckingham ha salido de viaje... y que pasará fuera mucho tiempo.

Pasa a la página 44.



Como Lhasa es la capital del Tíbet, piensas que en algún sitio debe haber una pista sobre el emplazamiento de Siling-La. En primer lugar exploras las estrechas calles que caracolean junto a la base del palacio Patala. Después haces el paseo con guía por el interior del palacio y sus mil habitaciones. Como es obvio, no entras en todas.

Cuando estás a punto de regresar a la casa de huéspedes, ves a una mujer a la que crees conocer. La ves entrar en una pequeña tienda, perseguida de cerca por un hombre. Los sigues impulsivamente.



La iluminación de la tienda es muy deficiente. Alguien te agarra por el brazo y sientes que el cañón de un revólver se hunde en tus costillas.

—¡Al fondo! —ordena una voz grave.

Pasa a la página 100

Te quedas y durante siete meses estudias con Lobsang. Gracias a sus intensas enseñanzas, aprendes en unas semanas lo que a otros podría llevarles años. Se te revelan los secretos místicos del viejo Tíbet. Cuando estás preparado para partir, ya dominas el arte de la concentración total y estás a punto de conocer los secretos de la telepatía mental. En cuanto a la levitación... bueno, empiezas a comprender de qué va la cosa.

Es la enésima vez que lo intentas.

—Concéntrate —te aconseja Lobsang paciente— . Puedes hacerlo.

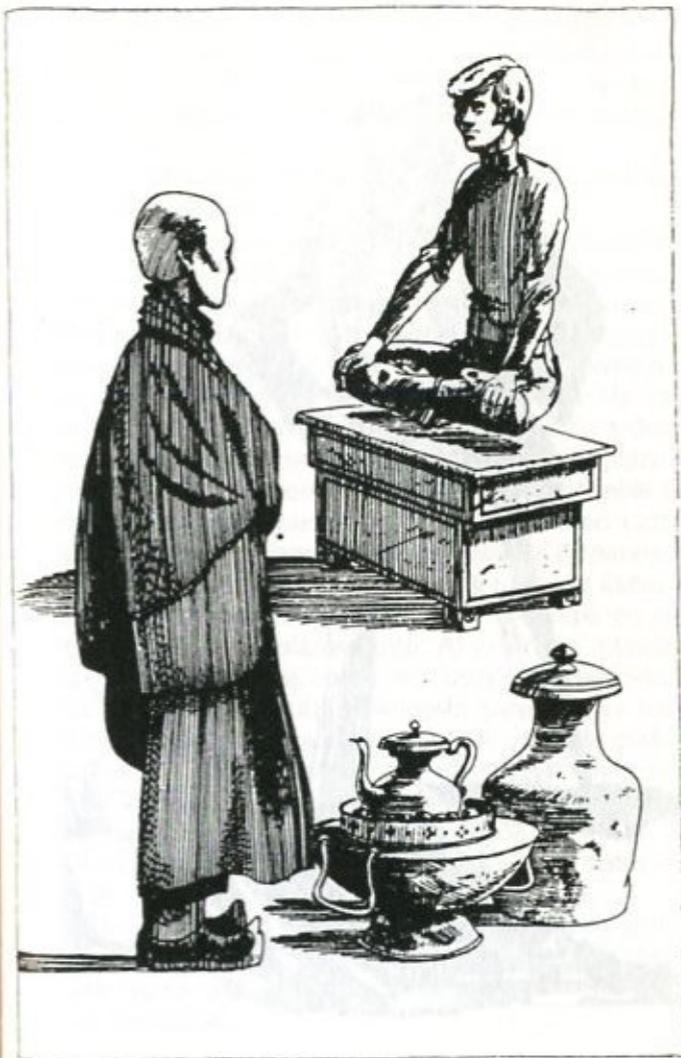
Lo intentas una y otra vez. Notas que, lenta pero firmemente, te elevas en el aire. Aunque no subes más que cinco centímetros, lo has conseguido.

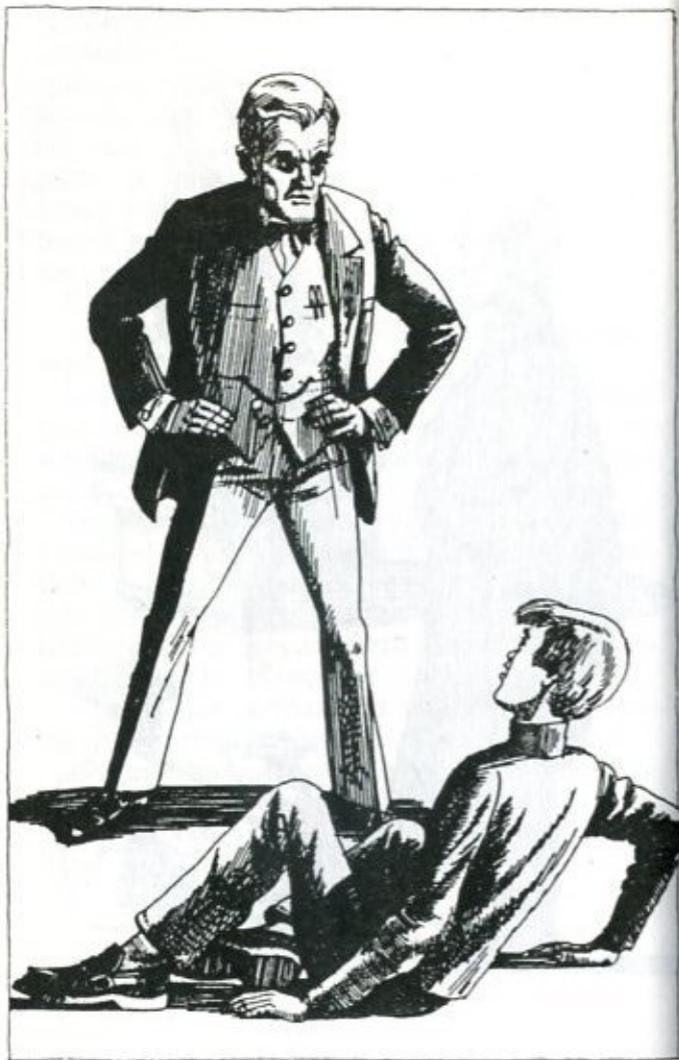
De regreso en Estados Unidos, lo primero que haces es visitar al señor Buckingham. Te encantará ver la expresión de Crossley cuando demuestres que es posible levitar. El mayordomo de Buckingham te abre la puerta y te comunica que tardará mucho en regresar.

—Tengo que ponerme en contacto con él —insistes—. Es muy importante.

No pasa nada. Nunca vuelves a tener noticias de Buckingham, de Sylvia Morrison ni de Crossley. De todos modos, lo que aprendiste en el Tíbet será muy útil para investigaciones futuras.

Fin





Al recobrar el sentido, estás en una estancia amplia y elegante. Supones que se trata de una mansión. Tambaleante, te incorporas y te encuentras frente a un hombre de edad madura y facciones afiladas.

—Así que éste es nuestro joven investigador.

—¿Qué sucede aquí? —preguntas.

—¿Quieres saber qué sucede? —repite el hombre con sorna—. Como no saldrás de aquí, te diré exactamente en qué te has metido. Soy Hubert Crossley. Para entendernos de alguna manera, digamos que importo de Oriente tesoros de arte antiguo. Recientemente descubrí que los mejores provienen de un lugar del Tíbet llamado Siling-La. A pesar de todos mis recursos, no conseguía averiguar su emplazamiento exacto. Entonces me acordé de ese imbécil de Buckingham, que es miembro del mismo club que yo. Siempre cuenta la misma historia disparatada sobre la levitación, que ocurre en un lugar llamado Siling-La. Incluso dijo que tenía un mapa en el que se veía su emplazamiento. Al principio intenté comprarle el mapa, pero no quiso vendérmelo. Hice con él esa estúpida apuesta para bajarle los humos. Hoy pensé que Buckingham te había dado el mapa y mis hombres te registraron mientras estabas desmayado. Evidentemente no lo tienes... aunque ahora ya no te servirá de nada.

Los hombres de Crossley te trasladan al sótano de la mansión y te encierran en una celda.

Pasarás mucho tiempo allí. Al menos hasta que Crossley obtenga dinero y tesoros suficientes para darse por satisfecho. Eso podría significar una eternidad.

Fin

A empujones te obligan a atravesar una cortina. Sentados ante una pequeña mesa, se encuentran Sylvia Morrison –la reconoces gracias a la foto que apareció en el periódico– y un hombre cuya cara no te dice nada.

–No sé por qué me seguiste –dice el hombre armado– pero, puesto que estás aquí, tendrás el honor de unirte a la señorita Morrison para vivir una aventura que le he organizado.

Aunque procuras ocultar el miedo que sientes, Sylvia parece totalmente serena cuando te dice:

–Es un insensato al creer que podrá salirse con la suya, Crossley.

Doblas el recodo y te detienes. Cinco hombres avanzan hacia ti. Intentas retroceder de un salto antes de que te vean, pero no lo haces bien. ¡Tendrás que salir volando! Echas a correr con todas tus fuerzas, pero, antes de llegar al final, te hacen una zancadilla. Caes al suelo bruscamente y pierdes el conocimiento.

Además de una ambulancia y varios coches de patrulla, una multitud se apiña frente al edificio donde vive Snide.

-¿Qué ha pasado? -preguntas a uno de los policías que custodia la entrada.

-Hace un rato Snide se arrojó por la ventana -responde-. Ahora lo han llevado a la ambulancia y creo que lo trasladan al depósito de cadáveres.

Un escalofrío recorre tu cuerpo. Segundos después ves una figura conocida que se separa de la multitud y se dirige calle arriba. Se parece muchísimo a Flichter, el mayordomo del señor Buckingham.

Aunque persigues a Flichter, no eres lo bastante rápido. Tienes la sensación de que se ha esfumado. Decides olvidarte del asunto. El caso se ha vuelto cada vez más complicado y peligroso. Buckingham ha partido para un largo viaje. Tienes medio mapa, pero no te sirve de nada. Y, para colmo, el hombre que te lo dio, Flichter, podría ser un asesino. No piensas mover un dedo hasta que el señor Buckingham se ponga en contacto contigo personalmente.

Nunca más tienes noticias de él.

Fin

-No es mucho lo que podemos hacer, salvo... -Kurt deja de hablar y se pone a mirar, protegiéndose los ojos del resplandor-. ¿Lo que se acerca a nosotros es una fila de monjes o soy víctima ya del mal de la montaña?

-¡Son del monasterio de Siling-La! -exclama Von Kamp.

-No puedo creerlo -dice Jimmy.

Von Kamp está en lo cierto. A través de un desfiladero, los monjes os conducen hasta el valle cálido y exuberante de Siling-La. Tienes la sensación de que ha llegado el verano. Nunca habías visto un lugar tan hermoso.

El abad te da la bienvenida y tú le adviertes sobre Crossley y sus planes para invadir el monasterio.

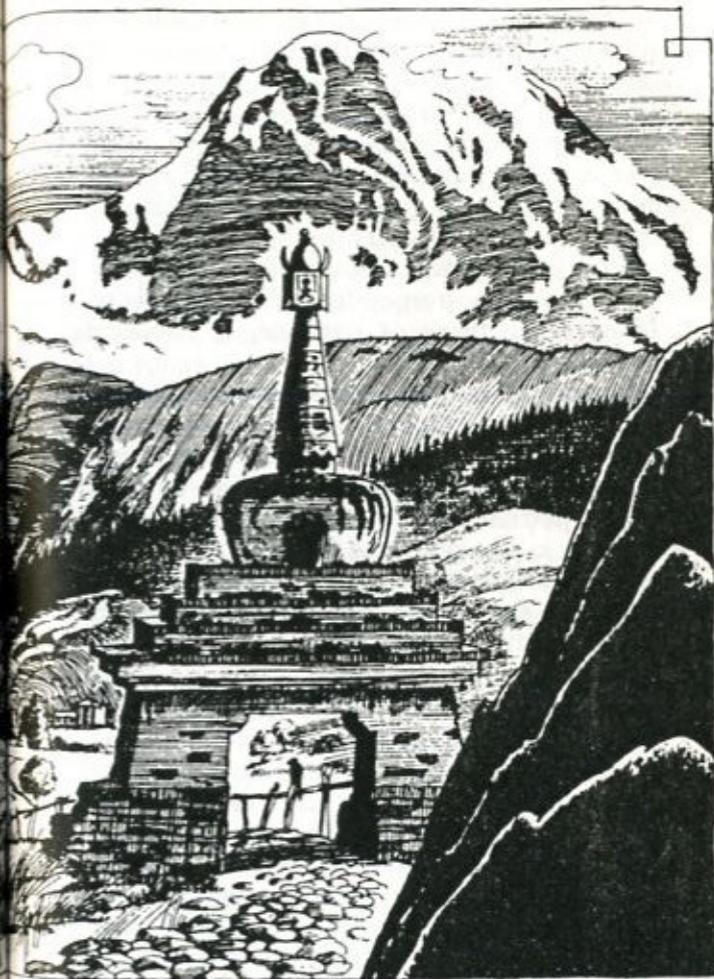
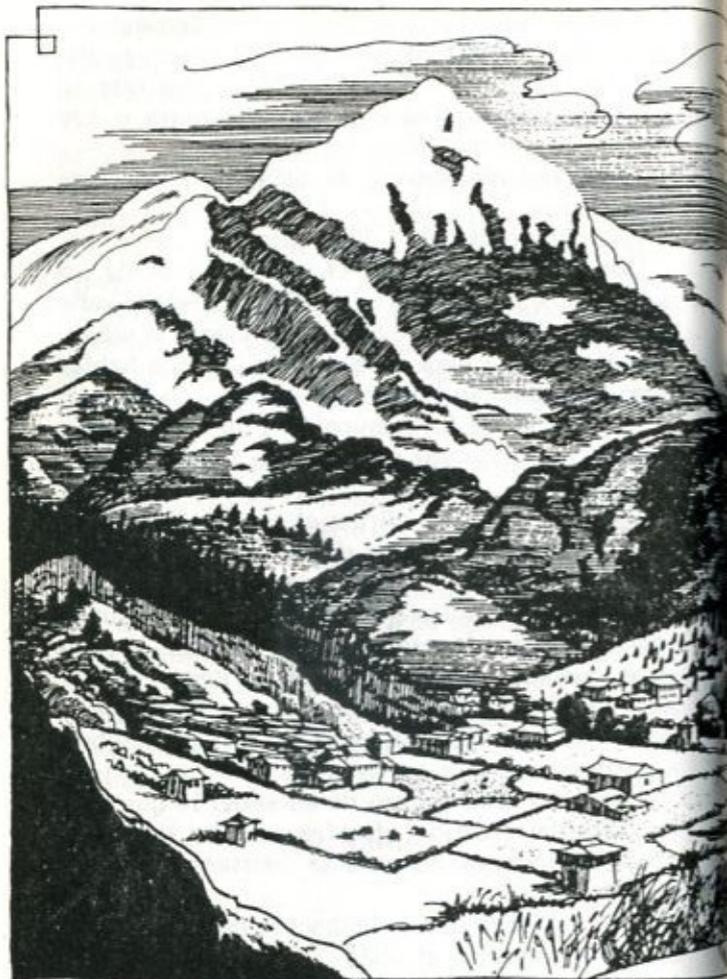
-No hay peligro -afirma el abad-. ¿Has oído hablar del *Libro tibetano de los muertos*? Describe las visiones, las alucinaciones que tienen lugar al pasar de la muerte al renacimiento. Algunas son imágenes de aterradores demonios y son estas mismas imágenes las que protegen el monasterio. Aunque sólo existen en la mente, resultarán bastante reales para todo el que pretenda atacarnos.

Como no estás seguro de entender lo que dice -ni sabes si creerlo-, decides cambiar de tema.

-¿Buckingham conocía la existencia del tesoro?

-No, pensaba que la levitación ya era un gran tesoro -responde el abad-. Ahora te mostraré aquello por lo que has recorrido tan largo camino.

Pasa a la página 105



Pasa a la página 17.

–Inspector McElroy –gritas, separándote repentinamente de los guardias de Crossley–. Me alegro mucho de verlo.

Los hombres de Crossley titubean una fracción de segundo, el tiempo suficiente para que puedas correr hasta el grupo del inspector McElroy. Caminas a su lado y te diriges a la salida. Los hombres de Crossley están furiosos.

–¿Podría llevarme a la ciudad? –preguntas.

–Por supuesto –responde McElroy sonriente.

Mientras el inspector conduce, le hablas de Crossley.

–Es extraño que me encontrara contigo –comenta McElroy–. Hace tiempo que mi departamento vigila a Crossley. En su propiedad adiestra a una especie de milicia privada. Sin embargo, mientras permanezca dentro de su propiedad, no es mucho lo que podemos hacer.

–Yo no estaría tan seguro –afirmas–. El señor Crossley ha despertado todas mis sospechas. Sería muy positivo que pudiera ponerle las manos encima.

Sacudes con delicadeza a Von Kamp. Entretanto, Jimmy cierra la ventana y comprueba que la puerta tiene echado el cerrojo. No puede ser más oportuno. Un segundo después, alguien aporrea la puerta. Afortunadamente, Von Kamp está a punto de recobrar el conocimiento.

–Además de la puerta, ¿hay algún otro modo de salir de aquí? –preguntas.

–Me parece que no –replica Von Kamp–. Ah, sí, un momento. En el fondo hay un pozo de ventilación y una escala que conduce al tejado.

Von Kamp se pone en pie y os conduce hasta el pozo de ventilación. Retira rápidamente el enrejado y se introduce. Jimmy y tú lo seguís. Subís las tres plantas que os separan del tejado.

–En el otro extremo del edificio hay una escalera exterior que baja hasta la calle –susurra Von Kamp.

Una vez en tierra, Von Kamp os conduce por un estrecho callejón hasta una destartada furgoneta.

Subís y Von Kamp conduce en medio del delirante tráfico.

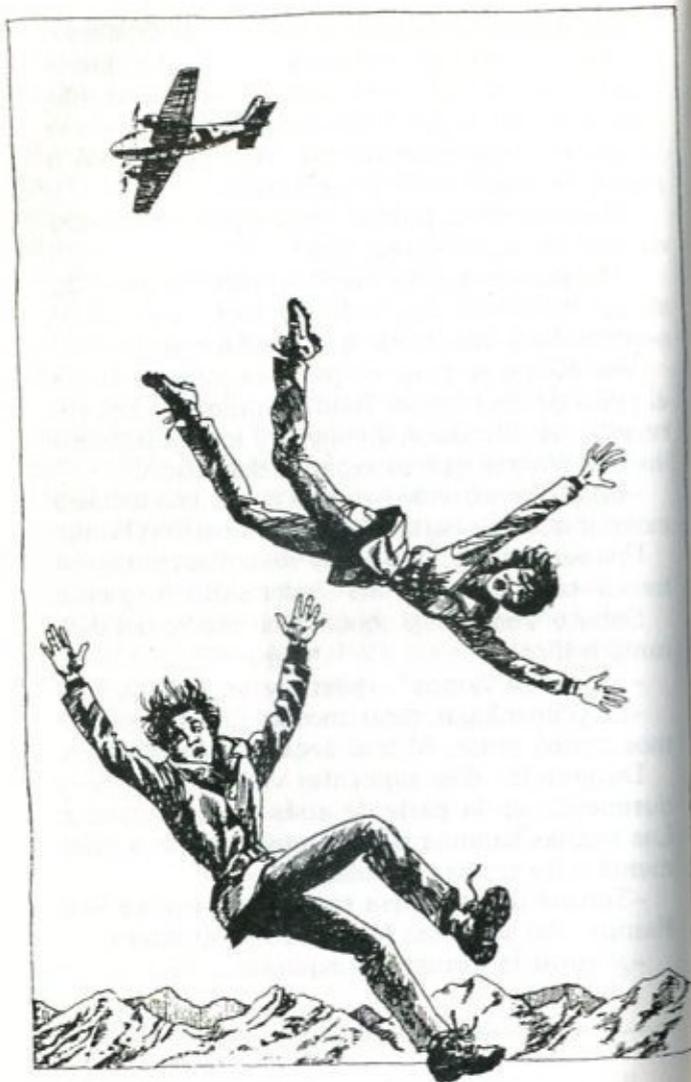
–¿A dónde vamos? –quiere saber Jimmy.

–En primer lugar, dejaremos la ciudad y pondremos rumbo norte. Al final llegaremos a Siling-La.

Durante los días siguientes viajáis, viviendo y durmiendo en la parte de atrás de la furgoneta. Las anchas llanuras polvorientas dan paso finalmente a las colinas onduladas.

–Tomaré una carretera secundaria –explica Von Kamp–. Así será más fácil cruzar la frontera.

–¿Cruzar la frontera? –inquieres.



—No se confunda, señorita Morrison —replica Crossley—. La insensata es usted si cree que alguien puede detenerme. Ha llegado la hora de partir.

A punta de pistola, Sylvia y tú sois obligados a subir a un camión que espera en la puerta trasera de la tienda. El conductor es chino. Te das cuenta de que, cubierta la caja con el toldo, el camión se parece a cualquier otro vehículo del ejército chino.

Viajáis cerca de una hora. Finalmente el camión llega a un campo donde aguarda un avión de transporte, con los motores encendidos. Os obligan a subir a empujones. Os sigue Crossley. El camión está repleto de paracaidistas.

Un soldado os hace sentar bruscamente y el avión despegue. Vuela cerca de media hora. Tu mente funciona deprisa, intentando encontrar el modo de escapar, cuando ves que los soldados se ajustan los paracaídas. Se disponen a saltar.

Miras por la ventanilla. Debajo, encajado entre las montañas nevadas, ves un único manchón verde y el destello de un lago.

Los paracaidistas ya han formado fila junto a la puerta lateral abierta. Un viento frío sopla en el interior del avión. Dos paracaidistas van a buscaros y os empujan hacia la puerta donde espera Crossley.

—Como no quiero que os perdáis nuestro ataque a Siling-La, seréis los primeros en saltar. Lo más triste es que para vosotros no tenemos paracaídas.

Crossley sisea cuando os arroja al espacio.

Fin



Convencido de que no tendrás dificultades para encontrar la aldea, insistes en que tus compañeros esperen en la pista. Partes con paso ligero.

Varias horas después encuentras una bifurcación. No tienes ni idea de qué camino tomar. Es posible que ambos desvíos conduzcan a la aldea. No quieres regresar al sitio en el que esperan Jimmy y Sylvia.

Tomas la pista de la derecha. Poco después encuentras un amplio campo de hielo. Aunque no ves dónde acaba, algo te indica que la aldea está al otro lado.

Comienzas a cruzar el hielo. Aunque desde lejos parecía llano, está plagado de surcos y de hondonadas profundas. Poco después te deslizas por el fondo de un barranco de hielo. A ambos lados se elevan brillantes paredes heladas.

Tienes las manos y los pies embotados por el frío, pero sabes que Sylvia y Jimmy dependen de ti. Te obligas a seguir adelante. Casi has terminado de atravesar el barranco de hielo cuando oyes un espantoso crujido. Aterrorizado, echas a correr, pero es imposible mantener el equilibrio en el hielo. Antes de que termines de cruzar el barranco, las paredes de hielo se desploman sobre ti.

Fin

—Estoy aquí porque soy amigo de Jimmy —explicas.

—De acuerdo —musita Singh—. Así será, si insistes. De todas maneras, si le hablas a alguien de este encuentro, nos matarán.

Oyes un chasquido cuando se desliza un panel de la pared. Luego reina el silencio. Singh se ha ido. A la mañana siguiente examinas hasta el último centímetro de la pared minuciosamente adornada con marquetería. No encuentras el menor indicio del panel que Singh cerró al salir.

Más tarde aparecen dos hombres de Crossley vestidos de civil. Jimmy está entre ellos.

—El señor Crossley dice que está muy ocupado para estar con vosotros —explica uno de los hombres—. Ha decidido enviaros al sur de la India. Se reunirá allí con vosotros.

Jimmy y tu volvéis a subir a la limusina. En algún lugar del sur de Delhi os trasladan a una caravana. Es el momento de una aventura totalmente nueva. Al fin y al cabo, el señor Crossley tenía razón en un sentido: ese viaje será educativo.

Fin

El avión de Kurt avanza por la corta pista y se eleva a sacudidas. Jimmy, Von Kamp y tú conteneís la respiración cuando el avión evita por los pelos las copas de los árboles. Kurt ladea el aparato para poner rumbo norte. Poco más tarde divisas, en la lejanía, montañas dentadas con los picos nevados. Antes de que puedas pronunciar palabra voláis entre ellos. La nieve relumbra a vuestro alrededor. El vuelo es cada vez más agitado. Aparecen algunas nubes negras.

—A partir de ahora el viaje será movido —advierte Kurt—. Además, tendréis que indicarme el camino.

Von Kamp abre el mapa e intenta orientarse guiándose por las cumbres más próximas.

—No puede estar muy lejos —asegura—. Nos hemos internado bastante en territorio del Tíbet. Según el mapa, nos dirigimos en línea recta hacia el monasterio.

Sin embargo, voláis durante lo que te parece un viaje interminable.

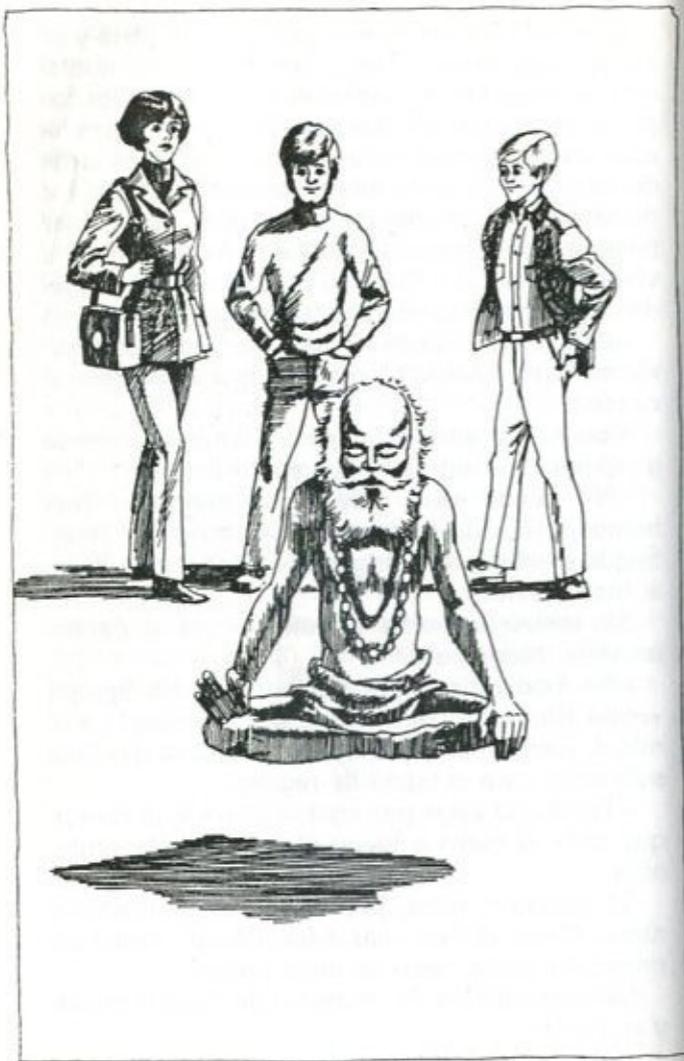
—No podemos seguir volando mucho tiempo —avisa Kurt—. El combustible se ha reducido a la mitad. Dentro de poco apenas quedará gasolina suficiente para el vuelo de regreso.

—Tiene que estar por aquí —afirma Von Kamp, que mira el mapa y luego observa por la ventanilla.

Tú también miras, pero sólo ves montañas y nieve. Crees divisar más adelante un minúsculo manchón verde, pero no estás seguro.

Súbitamente los dos motores de Fokker crujen y se paran.

Pasa a la página 116.



Acordáis permanecer en la aldea de Kando. Mientras Himmer está fuera, convences a los aldeanos de que eres un millonario nortamericano, lo cual no resulta difícil, porque están dispuestos a creer que todos los norteamericanos son millonarios. Prometes a los aldeanos que, si te ayudan, les pagarás mejor que Himmer. Detienen al guardia de Himmer y lo encierran.

Cuando, una semana después, Himmer y sus hombres regresan en el helicóptero, los aldeanos los detienen y los encierran.

Como Sylvia tiene carnet de piloto, os lleva de regreso a Delhi en el helicóptero. Una vez allí, os enteráis de que la policía india ha detenido a Crossley. Jimmy se compadece de la suerte de su padrastro, pero también se alegra de que se haya frustrado el expolio de Siling-La.

Pasáis otro mes de vacaciones en la India. Encontráis un yogui que parece capaz de levitar... Mejor dicho, nadie puede demostrar que miente. Lo convences de que vaya a Estados Unidos, por si Crossley sale de la cárcel e insiste en cumplir su apuesta con Buckingham.

Fin

—¡No lo comprendo! —exclama Kurt—. Tenemos combustible suficiente, pero no consigo encender de nuevo los motores. Tendremos que descender.

Kurt es un experimentado piloto de montaña. Logra evitar la falda de una montaña cercana y desliza el avión en el único terreno nevado llano que hay en esa zona del Tíbet. Con una sacudida violenta, el avión se posa junto a un gran abanico de nieve. Bajáis atontados.

—Y ahora ¿qué hacemos? —preguntas.

Pasa a la página 103.

Guardas silencio durante el vuelo. De vez en cuando el monje te mira y sonríe, como si pudiera adivinar tu pensamiento.

Al llegar a Lhasa, te registras en la casa de huéspedes junto al grupo de turistas. Luego pones manos a la obra. Contratas a un intérprete y preguntas a todo aquel que está dispuesto a escucharte si alguna vez oyó hablar de Siling-La. Nadie tiene la menor idea. Cuando haces indagaciones sobre la levitación, sólo obtienes la misma respuesta: «Antiguamente... pero en el presente...»

Finalmente el grupo de turistas se marcha y tienes que partir con ellos. De regreso a Estados Unidos, lo primero que haces es presentarte en casa del señor Buckingham.

Flitcher, el mayordomo, abre la puerta y dice: —El señor Buckingham sigue fuera. Durante su ausencia, yo estoy a cargo de todos sus asuntos.

—Lamento comunicarle que he fracasado. He venido a devolver el cheque del señor Buckingham.

—No te preocupes por la apuesta sobre la levitación. Tanto el señor Buckingham como Crossley la han anulado.

—¿Eso quiere decir que mi viaje fue inútil? —inquieres.

—Me temo que sí —responde Flitcher—. Pero el señor Buckingham me ha pedido por teléfono que te diga que guardes el cheque para cubrir los gastos y todas las molestias que te has tomado.

Abandonas la casa de los Buckingham descontento. De todos modos, ¿qué puedes hacer? Al recordar el viaje, piensas que valió la pena.

Fin

¿DESCUBRIRÁS EL SECRETO MÁS PELIGROSO DEL TÍBET?

Eres un investigador privado que busca el valle secreto de Siling-La, donde los monjes han aprendido el extraño arte de la levitación. Te indicarán que un hombre llamado Von Kamp tiene información valiosa para ti y organizas un encuentro. En cuanto empieza a hablar, una navaja entra volando por la ventana y se clava a pocos centímetros de su cabeza.

Si saltas por la ventana en pos del agresor, pasa a la página 38. Si prefieres quedarte y ayudar a Von Kamp, pasa a la página 107. ¡Vé con cuidado! Podrías ser ametrallado desde un helicóptero, perseguido por unos contrabandistas implacables... ¡o podrías encontrar el impresionante tesoro de Gengis Kan y hacerte rico!

¿Qué más sucede en esta historia? Todo depende de las elecciones que tú hagas. ¿Cómo termina la aventura? ¡Sólo tú puedes descubrirlo! Lo más interesante es que puedes continuar leyendo y releendo hasta que hayas vivido no una, sino muchas experiencias increíblemente atrevidas.

ELIGE TU PROPIA AVENTURA